

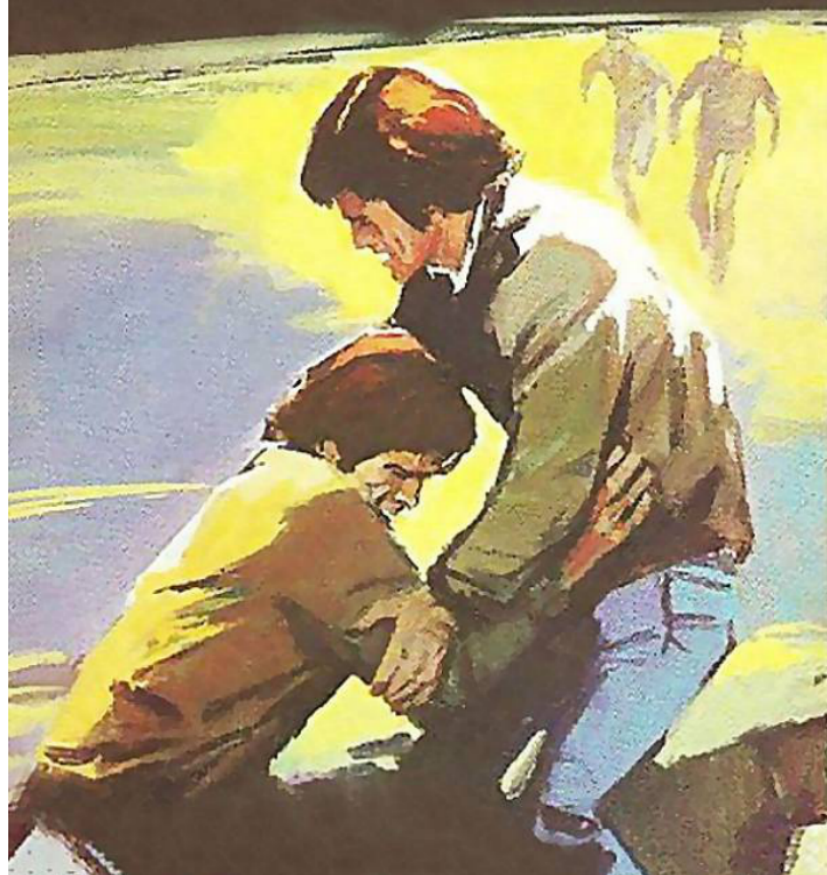
BOLSILLOS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

HOY POR TI, MAÑANA POR MI

Lou Carrigan



SS

SERVICIO SECRETO



LOU CARRIGAN

HOY POR TI, MAÑANA POR MÍ

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.489

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 42.455 - 1978
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: febrero, 1979

© Lou Carrigan - 1979
Texto

© Desilo - 1979
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1979

CAPÍTULO PRIMERO

El «Fiat 132» estaba estacionado en una de las avenidas de Villa Borghese, Roma, y dentro del coche, dos hombres miraban hacia una de las hermosas quintas de la ajardinada zona, cuya entrada estaba protegida por hermosas verjas de hierro forjado sostenidas en columnas rematadas por grandes tiestos con flores.

Eran dos hombres a cual más atractivo, aunque muy diferentes entre sí. Bastaba echarles un vistazo para comprender que no tenía sentido que estuviesen juntos. Al menos aparentemente no tenía sentido. Uno de ellos, el que estaba sentado al volante, vestía atuendo deportivo, aunque serio, sobrio; tenía los cabellos color cobre, los ojos negrísimos, la boca delgada y firme, el mentón pronunciado, y sus facciones tostadas por el sol eran impresionantemente viriles. El otro...

Bueno, el otro, el que estaba sentado a su derecha, también era atractivo, pero de otro modo: vestía un tanto relamido, sus cabellos eran rubios, sus ojos azules, su boca sonrosada y bien dibujada, su mentón suave, fino; sus facciones eran... dulces. Sí, dulces. Es decir, lo más opuesto que pudiera buscarse con respecto a las de su compañero, que parecían talladas en roca.

Era una tarde tormentosa de principios de verano. El cielo estaba cargado de nubes y de aire fresco, el resplandor de la tarde era sombrío, casi deprimente. El aburrimiento dentro del coche era mortal, total.

—Ay, Señor —suspiró el rubio.

El otro, el de las facciones pétreas, lo miró.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Me aburro, Melvin. ¡Me aburro como una puta en una ciudad desierta!

—Ve a dar un paseo, si quieres —el llamado Melvin señaló con su agresiva barbilla hacia la entrada de la quinta cuyo nombre era

«Villa Flavia». Desde allí no se veía el nombre grabado en una placa de piedra, pero ambos conocían muy bien el nombre de la quinta— ... Para lo que está pasando aquí, lo mismo daría que no estuviésemos. Son ganas de perder el tiempo. Anda, ve a dar un paseo, hombre.

—Son ganas de molestarme, ¿verdad? —protestó el rubio.

Melvin alzó las cejas, sorprendido.

—¿Ganas de molestar? —preguntó—. ¿Te molesta ir a dar un paseo?

—Me has llamado hombre.

Melvin Ramsey frunció el ceño. Luego, sonrió secamente.

—Perdona, Otto. No he querido ofenderte.

—Eres muy malo conmigo, Melvin, ¿sabes?

—¿Por qué?

—¡Ay, si tú quisieras...! —Puso Otto los ojos en blanco.

—Acabaré por partirte los dientes, te lo advierto. No hace ni una semana que nos conocemos y ya me lo has propuesto varias veces. ¿No eres capaz de comprender las cosas?

—¡Eres tú el que no las comprende! —Se revolvió Otto—. ¿Qué tiene de malo que me gustes?

El gesto de Melvin Ramsey volvió a fruncirse.

—Mira, Otto, no me toques más los cojones, o...

—¡Ay, qué más quisiera yo! Eres malo, malo y malo, Melvin. ¡Eres muy malo!

—Seguro —asintió Melvin Ramsey—. Yo soy malo, pero tú eres una maricona de campeonato. Entre una cosa y otra, me quedo con mi maldad. Y terminemos la fiesta ¿de acuerdo?

Ramsey había desviado la mirada, por pura rutina, hacia «Villa Flavia», y Otto Kuzner se dio cuenta del cambio de expresión de su compañero. Un cambio súbito: dejó de mostrarse irritado o fastidiado para mostrarse sumamente interesado. Entonces, también Otto miró hacia la entrada de «Villa Flavia», y vio el coche que se había detenido frente a las verjas, pegado al bordillo.

Ya no dijo nada más. Se quedó mirando el coche, un modesto «Giulietta» de color crema. Era un coche del que hasta entonces no tenían noticia. Llevaban días vigilando «Villa Flavia», y conocían prácticamente a todos sus ocupantes y los tres coches que éstos utilizaban en sus idas y venidas. Y el «Giulietta» recién aparecido no

era ninguno de esos coches.

El personaje que se apeó del «Giulietta» tampoco era conocido por Otto y Melvin.

Era una mujer. Una mujer alta, de cabellos rubios, vestida con elegancia, y con un cuerpo espléndido, magnífico, incluso sensacional. Otto miró de reojo a su compañero Melvin, esperando ver en sus ojos alguna expresión que delatase sus pensamientos sobre la espléndida rubia, pero no vio nada. Simplemente, Melvin Ramsey miraba a la rubia, inescrutable el bronceado rostro.

—¿Quién debe ser? —murmuró Melvin.

—Ay, eso ya se ve: una rubia cochina.

—Quizá no venga a la quinta —reflexionó Melvin, haciendo caso omiso a la definición de Otto—... Quizá haya detenido el coche ahí por casualidad.

—Tiene pinta de golfa —dijo Otto.

Melvin le dirigió una breve e irónica mirada.

—Desde luego que no —replicó—. Tiene pinta de mujer de campeonato, es elegante, joven y bonita, y tú lo sabes muy bien. Lo que pasa es que te está matando la envidia. ¡Lo que darías tú por ser como esa rubia!

—¿Yo? Ja, ja, con el asquito que me dan las rubias.

Todavía con la irónica sonrisa en sus labios delgados y duros, Melvin Ramsey volvió a mirar hacia la rubia que se había apeado del «Giulietta». Había metido medio cuerpo dentro del coche, y cuando se irguió, lo hizo sacando del interior del vehículo una maleta de pequeñas proporciones, pero que parecía muy pesada. La vieron cerrar la portezuela del coche, caminar un poco ladeada por el peso de la pequeña maleta, y llegar ante las verjas. Miró hacia los jardines del otro lado de las rejas, luego a ambos lados, y tras localizar el timbre, lo pulsó.

—Bueno, pues si viene a «Villa Flavia» —murmuró Melvin—. Y cargada con una maleta que parece pesar mucho.

—Quizá la lleve llena de «Tampax» —sugirió Olio, despectivo.

Melvin tuvo que sonreír.

—Quizá —murmuró—. Pero una maleta tan pequeña y que pesa tanto, a mí me sugiere otra cosa. Por ejemplo: armas.

—Tonterías —rechazó Otto—. Ya sabemos muy bien que Stefan Orowitz está esperando armas, pero en una cantidad que no cabrían

dentro de esa maleta, ni mucho menos. Y no me digas que la rubia cochina lleva el muestrario. Seguro que Orowitz ya sabe muy bien qué clase de armas le proporcionarán; no necesita muestras.

—Pues desde luego, su peso no es de «Tampax» —dijo Melvin.

—Puede que sean otra clase de paños higiénicos. Los hay de libra metálica, que pesan mucho.

—No digas tonterías —masculló Ramsey—... ¡Y deja de una vez de pensar en el sexo, maldito seas! No estarnos aquí en plan sexual, ¿verdad?

—Porque tú no quieres, Melvin, querido.

Ramsey iba a replicar agriamente cuando apareció otro personaje. A éste sí lo conocían: era el mayordomo de «Villa Flavia». Apareció ante la rubia, al otro lado de las verjas, y preguntó algo. La rubia comenzó a hablar animadamente, señalando su pesada maleta. Desde la discreta distancia elegida para vigilar la quinta, Ramsey y Kuzner observaban con toda atención.

—¿Quieres los prismáticos? —susurró Otto.

Ramsey tendió la mano derecha, tija su mirada en los dos personajes de las verjas de «Villa Flavia». Kuzner sacó los pequeños prismáticos de la guantera... pero ya no estaban a tiempo. El mayordomo abrió las verjas, y la rubia entró enseguida. Los dos desaparecieron pronto de la vista de Otto y Melvin.

—¿Crees que la estaban esperando? —preguntó Otto.

—No sé. Quizá. Sea como sea, es un nuevo personaje en el juego, y deberíamos decírselo cuanto antes a Luc.

—Pues por aquí no hay ningún teléfono. No entiendo por qué no nos han proporcionado todavía los transmisores de bolsillo. ¿Quién puede ser esa mujer?

Melvin Ramsey no contestó. Estaba pensativo, con la mirada lija en las verjas, en la mano derecha los prismáticos que no había llegado a utilizar. No parecía tener ganas de conversación, y el bello Otto no insistió en sus cavilaciones.

Permanecieron en silencio los casi veinte minutos que tardó la rubia en reaparecer, acompañada del mayordomo. Éste abrió las verjas, hubo una despedida, y la muchacha se dirigió hacia su coche.

—Todavía lleva la maleta —dijo Otto—... Y yo diría que pesa igual que antes. O sea, que no ha dejado nada en manos de Orowitz.

Claro que puede haber dejado algo y haber cargado la maleta con cualquier otra cosa...

—Te prefiero cuando razones así —asintió Melvin—. Pero, por mucho que razonemos, no podemos saber qué contiene o contenía esa maleta, ni quién es la rubia, ni qué ha venido a hacer a la villa... Y creo que deberíamos interesarnos por todo eso.

—Podemos seguirla.

Ramsey no hizo gesto alguno. Estaba mirando a la rubia, que se había detenido junto a su coche. Había dejado la maleta junto a sus pies, y ahora miraba hacia la entrada de la villa contigua a la «Flavia». La vieron vacilar. Luego, miró su reloj de pulsera, vaciló de nuevo, miró otra vez el reloj... Ramsey, que la estaba mirando ahora con los prismáticos, los tendió a Otto, que se apresuró a mirar de este modo a la rubia, acercando su imagen. Soltó un gruñido al ver su rostro: era ofensivamente bonito. Glandes ojos, boquita de gesto dulce acentuado por el labio superior ligeramente alzado, hoyuelo en la barbilla... Parecía tener poco más de veinticinco años. Era preciosa.

—Está indecisa —murmuró Olio.

—Ya me he dado cuenta.

La rubia tomó una decisión. Agarró de nuevo su maleta, rodeó el coche por delante, y segundos después, iras tirar la maleta dentro del vehículo, se sentaba ante el volante. El coche se puso en movimiento enseguida.

Otto Kuzner bajó los prismáticos rápidamente, y miró su reloj. Eran las seis menos diez de la tarde.

El «Giulietta» rodaba hacia ellos, y Otto volvió la cabeza, mientras Melvin se rascó una ceja. De este modo, cuando la rubia pasó a pocos metros de ellos no habría podido ver su rostro aunque hubiese mirado. Por el retrovisor exterior, Melvin Ramsey vio alejarse el coche de la rubia, mientras daba el encendido del «Fiat». Maniobró rápida y expertamente, y partió en pos del «Giulietta».

—No sé si hacemos bien —deslizó Otto.

—En la villa no pasa nada, y ya sabemos casi todo lo que puede saberse sobre ella. Veamos si obtenemos algo mejor con la rubia.

—Ya, ya... Lo que tú quieres es tirártela.

—Pues no voy a decir que no me gustaría —sonrió secamente Melvin Ramsey—... Sea quien sea, está sensacional.

—Pero usa «Tampax», y yo no. Es una cochina.

—Sería cochina si no lo usase. Cierra la boca, ¿quieres?

Divisaron el «Giulietta» de nuevo cuando éste llegaba, por Valle di S. Paolo, a Piazzale Brasile, la cual cruzó, para enfilarse por Via Vittorio Veneto. Luego, siguió por Via Bissolati, hasta Largo Sta. Susanna.

A partir de aquí, la persecución del «Giulietta» se convirtió en una especie de tormento por las calles de Roma. La muchacha rubia conducía con una serenidad y una osadía que tenía estupefacto a Otto Kuzner, colándose por cualquier hueco de la densa circulación. Melvin Ramsey, apretados los labios, se limitaba a no perderla de vista, sin importarle acatar o no las normas de circulación.

—¡Será golfa...! —refunfuñó Otto—. ¡Vaya manera de conducir!

Ramsey no contestó. Él iba a lo suyo; y lo suyo, ciertamente, no era darle conversación a Otto. No le fue fácil a Melvin Ramsey seguir por Roma a la rubia, pero, cuando ésta, finalmente, detuvo el «Giulietta», el «Fiat» estaba a menos de treinta metros.

—¿Dónde estamos? —Gruñó Otto.

—En Roma —le replicó desabridamente Melvin.

—Sí, pero...

—En Via Labicana, si es que eso te importa tanto.

—Parece que conoces bien Roma, querido.

Melvin Ramsey encogió los hombros. La rubia estaba saliendo del coche, que había dejado estacionado en un hueco inverosímil con un par de maniobras. Pasmoso. La rubia sacó la pequeña maleta, cerró el coche, y se alejó de éste, caminando sin prisas. No parecía que se hubiese dado cuenta de que la seguían.

—Ponte al volante —dijo Ramsey—, y ven detrás de nosotros.

—¿Qué vas a...?

Pero Melvin Ramsey ya había salido del coche. Otto Kuzner se trasladó al volante, esperó a que su compañero y la rubia estuviesen a más distancia, y reanudó la persecución. Segundos después lanzaba una maldición, cuando la rubia, y detrás de ella Melvin, giraba a la izquierda y abandonaba Via Labicana, por una calle a la que desde su posición Otto no podía acceder, pues no podía girar. Su vacilación duró muy poco, sólo de pensar en lo que diría Melvin si los perdía de vista y más adelante a la rubia la recogía alguien en un coche y le perdían la pista... Giró a la izquierda, encogió los

hombros cuando oyó los frenazos y las protestas manifestadas por medio del claxon de varios automóviles, y se metió por la calle elegida por la rubia. Incluso pudo ver un indicador: Via Celimontana.

Melvin caminaba a veinte metros de él, la rubia, a unos veinticinco de Melvin. Y de pronto, la rubia giró de nuevo hacia la izquierda y desapareció en un portal.

No... No era un portal. Era una entrada grande y amplia, sobre la cual había un gran rótulo luminoso: una P blanca dentro de un cuadrado de fondo azul oscuro. Un «parking».

Melvin se había vuelto, y le estaba haciendo señas para que se detuviese. Otto frenó. Melvin llegó apresuradamente, se sentó a su derecha, y señaló hacia adelante.

—Entra en el estacionamiento —dijo.

Otto asintió. Segundos más tarde, entraban en la gran nave, Otto retiraba el *ticket* de la máquina, y enfilaba la rampa descendente, En el piso inferior vieron, a la rubia apareciendo por la puerta de los accesos para peatones. Otto frenó suavemente en una plaza del estacionamiento, pero no apagó el motor. Vueltas las cabezas, los dos hombres vieron a la muchacha caminar decididamente. Se detuvo ante la parte posterior de un remolque, una blanca «caravana» de amplios ventanales adornados con cortinillas azules. Una bonita vivienda rodante, sin duda...

La rubia introdujo una llave en la puerta del remolque, abrió, hizo bajar una escalerilla plegable de tres peldaños, accedió al interior del remolque vivienda, tiró de un alambre que recogió la escalerilla plegable, y cerró. Un instante más tarde, los ventanales adornados con cortinillas azules se iluminaban.

Otto Kuzner volvió su pasmado rostro hacia Melvin Ramsey.

—¿Qué te parece? —exclamó, apagando el motor.

Melvin estaba mirando hacia el remolque, fijamente.

Había un leve fruncimiento en sus cejas. Por fin, movió la cabeza.

—Me parece que será interesante visitar a la rubia —dijo.

—Pero conmigo no cuentas para violarla.

—¿Quieres dejarte ya de tonterías? —Gruñó Ramsey—. ¿Adónde demonios vas?

Otto, que se disponía a salir del coche, lo miró desconcertado.

—¿No has dicho que será interesante visitar a la rubia?

—Seguro. Pero ten calma. Quizá alguien se reúna con ella en su casita. Vamos a esperar un par de minutos.

Transcurrieron los dos minutos, y nadie entró en el estacionamiento. Melvin y Otto se miraron, Melvin asintió, y ambos salieron del coche.

CAPÍTULO II

La rubia estaba completamente desnuda cuando sonó la llamada a la puerta del remolque. Volvió la cabeza hacia allí, vivamente, pero eso fue todo. No hubo el menor cambio de gesto en su bello rostro. Sacó una bonita bata azul del armario abierto ante el cual se hallaba, lo cerró, y caminó hacia la puerta poniéndose la bata. Terminó de anudarse mientras preguntaba:

—¿Quién es?

—Soy un empleado del estacionamiento, señorita —oyó en perfecto italiano.

Impávido el rostro, la rubia abrió la puerta. Se quedó mirando con la misma inexpresividad la pistola que apuntaba a su pecho, firmemente empuñada por uno de los dos hombres. Luego, su mirada fue hacia el rostro del hombre, situado a un nivel más bajo que el suyo, y de allí pareció saltar al rostro del otro, del rubio que la miraba con el ceño fruncido.

—Ni una palabra —dijo el de la pistola—... Olio, coloca la escalerilla.

El rubio obedeció. El de los cabellos color cobre movió la pistola significativamente, y la rubia retrocedió. El de la pistola subió al remolque, y tras él lo hizo el rubio, recogiendo de nuevo la escalerilla y cerrando la puerta.

Para entonces, Melvin había captado la situación de un solo vistazo. El remolque-vivienda debía medir algo más de cuatro metros de largo y dos de ancho. Había allí todo lo necesario para vivir con independencia; una pequeña cocina, dos literas abatibles, un pequeño armario, una diminuta cabina de aseo, mesita adosada a la pared de la izquierda. A la derecha, una de las literas, abatidas, servía de sencillo sofá. Recogidas a los lados de los ventanales, había cortinas mucho más espesas que las azules, de un color granate oscuro, evidentemente, eran para conseguir la oscuridad

total dentro de la vivienda rodante...

—Ustedes no son empleados del estacionamiento —murmuró la preciosa rubia, cuyos ojos emitían verdosos destellos.

—Claro que no, cochina —dijo Otto.

—¿Es un atraco? —Se tensó ella—. ¿Quieren dinero?

Melvin vio la pequeña maleta que la rubia había transportado. Estaba sobre la litera-sofá, todavía cerrada. Se acercó y la abrió, sin ninguna dificultad. Dentro había libros. Gruesos tomos magníficamente encuadernados. Melvin frunció el ceño.

—Vigílala tú, Otto —dijo.

—Con mucho gusto.

Melvin Ramsey sacó uno de los gruesos tomos, tras guardar la pistola. Lo sostuvo en sus grandes y fuertes manos, y fue pasando algunas páginas, de papel de altísima calidad. Había tres libros más, todos de la misma serie, con impresionantes fotografías en papel cuché. También había dos libritos más, y finalmente lo que, a todas luces, era un catálogo.

Ramsey se volvió hacia Otto.

—Son libros de Arte —dijo—. Pintura.

—¿Eso es todo? —se decepcionó Otto.

—Aparentemente, sí —Melvin miró a la rubia, cuya serenidad era digna de elogio—... ¿Qué significa esto?

—¿Qué significa... qué? —preguntó a su vez ella.

—Estos libros.

Ella le dirigió una mirada entre sorprendida y despectiva.

—Usted mismo lo ha dicho: son libros de Arte. Una colección dedicada a la pintura, desde la Edad de Piedra hasta nuestros días. La colección consta de cuatro tomos, dos pequeños apéndices, y el índice, que tiene usted en las manos.

—¿Y qué fue usted a hacer con esto a la «Villa Flavia»?

—¿«Villa Flavia»?

—La quinta de Stefan Orowitz.

—No sé quién es ese caballero.

Melvin Ramsey entornó los párpados, pero ni siquiera así pudo evitar que ella viese su dura expresión en los ojos.

—¿No sabe quién es? —susurró—. Pues esta tarde ha estado usted de visita en su casa.

—Esta tarde he estado en muchas casas de Villa Borghese.

—¿En muchas? ¿Por qué? ¿Para qué?

—Si es usted un mínimo inteligente, va debería haberlo comprendido: para vender la colección de Arte.

—¿Es usted una vendedora de libros? —exclamó Otto.

La rubia lo miró de arriba abajo.

—Yo diría que eso salta a la vista, ¿no? Me gustaría saber por qué me hacen tantas preguntas. ¿Son de la Policía?

Otto quedó un instante pasmado. Luego, se echó a reír contenidamente.

—¿Has oído eso, Melvin? —dijo entre risas—. ¡De la Policía! Esta rubia, además de cochina, es tonta. Ella piensa que...

—Cállate, Otto —gruñó Melvin—. Deja que la señorita piense lo que quiera. ¿Cómo se llama usted?

—Marie Bovet. ¿Y ustedes, además de Melvin y Otto?

—Es muy lista, ¿verdad? —opinó Otto—. Y muy perceptiva. Debe ser una buena vendedora de libros.

—No me quejo —casi sonrió la rubia—. Las cusas me van bastante bien.

Melvin Ramsey la estaba mirando atentamente, de arriba abajo. La rubia estaba descalza sobre la moqueta que cubría el suelo, y parecía evidente que debajo de la bata no llevaba nada más. Pero, al parecer, Melvin Ramsey tenía muchas horas de vuelo, porque dijo, de pronto:

—Quítese la bata.

—¿Qué...?

—Que se quite la bala —rió Otto—... ¡Ahora es cuando Melvin la va a violar!

La rubia había dejado de mirar a Melvin para mirar a Otto. Miró de nuevo a Melvin Ramsey, y pareció llegar a una conclusión tranquilizadora, al menos respecto a una presunta violación, porque se quitó la bata, sin empacho alguno, y la dejó sobre la litera-sofá.

Durante unos segundos, los dos hombres la estuvieron mirando atentamente. Otto, con cierta ironía. Melvin, impávido, pese a que la belleza de aquel cuerpo femenino era sencillamente fastuosa: senos altos y firmes, hombros bellísimos, vientre liso, caderas espléndidamente curvadas, piernas esbeltas, perfectas...

—Dé la vuelta —murmuró Melvin.

Ella obedeció. Era de una docilidad muy inteligente. Melvin y

Otto la contemplaron ahora de espaldas. La espalda de Marie Bovet era recta, cremosa, perfecta; no se le marcaba un solo hueso, pese a que no era gorda, ni siquiera llenita. Era perfecta. Las nalgas eran redondas, impecables.

—Qué culito más precioso —comentó Otto.

Melvin se acercó por detrás a Marie Bovet, y pasó una mano hacia el bajo vientre de ella, tocando lo justo entre el vello para asegurarse de que no había allí escondida cualquier pequeña arma. Ella ni siquiera se estremeció cuando la mano del hombre exploró brevísimamente tan íntima parte de su cuerpo.

—Siéntese ahí y no se mueva —dijo Melvin.

Marie Bovet se sentó en la litera-sofá, junto a la pequeña maleta abierta y su bata.

—¿Puedo ponerme la bata? —preguntó.

—Sí.

La rubia lo hizo, lentamente, con toda naturalidad. Melvin miraba a todos lados, como buscando algo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Otto.

—No la pierdas de vista, ya te lo he dicho. ¿Sabe una cosa que me tiene sorprendido, señorita Bovet? Pienso que este remolque es demasiado grande para que pueda ser remolcado por su coche.

—¿Se refiere al «Giulietta»?

—Naturalmente.

—Bueno, no viajo con el «Giulietta», sino con un «Mercedes».

—Explíqueme mejor eso. Si usted conduce el «Mercedes» remolcando esta vivienda... ¿quién conduce detrás de usted el «Giulietta»?

La mirada de Otto se avivó, su ceño se frunció.

—Nadie conduce detrás de mí —contestó Marie Bovet—. Estoy vendiendo libros de Arte por toda Italia. Viajando con el «Mercedes». Cuando llego a uno de los puntos de venta elegidos, estaciono el «Mercedes» y el remolque en un «*parking*», alquilo otro coche en la dudad de turno, y me resulta más cómodo y menos llamativo que circular con el «Mercedes».

—Muy bien pensado. ¿De modo que el «Giulietta» es alquilado?

—Sí.

—¿Y dónde está el «Mercedes»? Espere... He visto uno, de color granate, estacionado a la derecha del remolque. ¿Es ése su coche?

—Sí. Los estaciono paralelamente, y mantengo la conexión con la batería, claro está.

—Claro. ¿Cómo le van las ventas?

—Estupendamente —casi sonrió la rubia—. Los italianos son muy amantes del Arte y de toda la cultura relacionada con éste.

—Ya. Usted es francesa, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pero habla muy bien el italiano.

—No más bien que ustedes dos, que tampoco son italianos —replicó ella.

El ceño de Melvin se frunció de nuevo, pero ahora con un gesto casi simpático, mientras asentía con la cabeza. Volvió a mirar a su alrededor. Luego, sin decir nada más, comenzó a examinar la vivienda rodante: la pequeña cocina a gas butano, el armario, la mesita, la cabina de aseo... Hizo ponerse en pie a Marie Bovet, alzó la litera, y se convenció de que no había nada debajo. Luego, volvió al armario, donde vio, entre otras, las ropas que había llevado aquella tarde la rubia. Abrió algunos cajoncitos, removiéndolos. Finalmente, golpeó con los nudillos en las paredes de madera del armario... y al golpear la del fondo quedó inmóvil.

Se volvió a mirar a Marie Bovet, que permanecía inmóvil, inexpresivo el rostro.

Melvin Ramsey volvió a golpear la pared del fondo del armario. Luego, sacó todos los vestidos, dejando al descubierto el fondo, que estuvo examinando unos segundos, mientras daba algunos golpecitos más con los nudillos. Finalmente, se volvió hacia Marie Bovet.

—Vamos a hacer un trato —murmuró—; un trato que le conviene: usted abre este doble fondo, y así evita que yo lo destroce a golpes con la culata de mi pistola. ¿Le parece bien?

—No hay ningún doble fondo —rechazó ella.

Melvin no se molestó en discutir. Sacó la pistola, y se dispuso a golpear la plancha de madera...

—Espere —exclamó Marie—... ¡Espere, yo lo haré!

Melvin Ramsey se limitó a apartarse. La rubia se acercó, presionó en un lado del fondo del armario, y tiró del otro, por medio de un alambre con el extremo en gancho, que apareció al presionar en el otro lado. La parte superior de la plancha de madera

bajó, sobre unas diminutas bisagras... y la mano derecha de Marie Bovet fue rápidamente hacia la pequeña pistolita de cachas de madreperla que estaba colocada en un soporte adherido al auténtico fondo del armario. La empuñó, se volvió velozmente... y la mano izquierda de Melvin Ramsey agarró fuertemente su muñeca derecha, desviando el arma, mientras la derecha impactaba en pleno rostro de Marie Bovet al tiempo que la hacía girar. El tremendo bofetón habría derribado a la rubia si no hubiese estado sujeta por la mano izquierda de Melvin Ramsey, que se deslizó por la muñeca, y le quitó la pistolita.

Otto Kurtner había lanzado una exclamación, y había adelantado un paso alzando su pistola, pero Melvin lo miró vivamente.

—Tranquilízate —gruñó—. Y sigue vigilándola. Puede haber más trucos aquí dentro.

—¡Te dije que era una cochina, te dije...!

—Hablas demasiado —cortó secamente Melvin.

Empujó a Marie Bovet, haciéndola sentarse de nuevo en la litera-sofá, y se quedó mirando la mejilla izquierda de la muchacha, donde destacaba ya la huella del golpe. Había lágrimas en los ojos de Marie Bovet, pero no de miedo o de simple dolor; eran consecuencia del tremendo impacto, y nada más. Ramsey movió la cabeza con gesto ambiguo, y dedicó toda su atención al escondrijo del fondo del armario.

Sacó dos cajas planas forradas de «skay» negro, dos álbumes, guantes negros, una linterna, una larga cuerda de nylon con un gancho en un extremo, unos mocasines también negros... Lo dejó todo junto a Marie Bovet, se acuclilló, abrió una de las cajas, y sonrió ceñudamente al ver la colección de ganzúas. En la otra caja había otra colección. Melvin no hacía caso a Otto, que lanzaba contenidas exclamaciones de asombro.

Finalmente, abrió uno de los álbumes. Contenía fotografías. Fotografías de hermosas quintas, como «Villa Flavia», por ejemplo. Cada dos páginas encaradas había un juego de fotografías que parecían corresponder a una misma quinta. Fotografías del exterior del jardín... y también fotografías del interior de la casa, desde luego.

Melvin cerró los dos álbumes, y miró con cierta expresión

amablemente socarrona a Marie Bovet.

—Me parece que he comprendido —dijo—, pero me gustaría escuchar su versión, señorita Bovet.

—No diré nada —musitó Marie.

—¿No? Bueno, entonces lo diré yo: usted es tan vendedora de libros como nosotros. Es decir, quizá sí venda libros, actividad que utiliza como tapadera, pero su actividad principal y más rentable es el robo. En su condición de vendedora de libros de Arte, visita las más fastuosas mansiones, toma fotografías del exterior y del interior, las estudia, y una vez valoradas las ventajas y los inconvenientes, y conociendo ya el terreno, y hasta posiblemente los sistemas de alarma que puedan existir, espera el momento oportuno para entrar en la casa y robar. ¿Correcto?

—Usted... usted está loco...

—Vamos, señorita Bovet... No está usted hablando con un santo, ¿comprende? Sea razonable, las ganzúas, las fotografías, la cuerda para pequeñas escaladas, los guantes, los mocasines... Si le sirve de tranquilizante, le diré que está dedicándose usted a algo que ya fue superado por mí hace tiempo. ¿Sabe lo único que me sorprende de su equipo de... «trabajo»? las fotografías. ¿Cómo las toma usted? Las del exterior son fáciles, pero las del interior ya no lo son tanto, va que dudo mucho que vaya usted tomando fotografías dentro de las casas a la vista de sus ocupantes. ¿Cómo lo hace?

—¿De verdad no son policías? —murmuró Mane.

—Palabra de honor —alzó una mano Melvin, mientras se erguía.

—Bueno... Utilizo mi reloj de pulsera.

Otto y Melvin miraron el reloj de pulsera, único objeto que Marie conservaba sobre ella aparte de la bata. Melvin tendió la mano, y la rubia se quitó el reloj y se lo entregó. Durante unos segundos, Melvin lo estuvo mirando por todos lados. Por fin, miró de nuevo a Marie.

—¿Ha tomado usted fotografías del interior de «Villa Flavia»? Me refiero a la última que visitó esta tarde de antes de decidir que ya había trabajado suficiente por hoy. ¿Tomó fotografías?

—Claro. Pero ya tengo decidido que no es un lugar... adecuado para mí.

—¿Por qué no?

—Hay demasiados hombres dentro de esa casa... Y no me gustan

nada.

—¿Los fotografió?

—A algunos. Ya no recuerdo bien lo que he fotografiado. Disparo todas las fotografías que puedo, eso es todo.

—Comprendo. Pero debe ser comprometido revelarlas luego en cualquier laboratorio, ¿no?

—Tengo mi propio laboratorio —admitió de mala gana Marie.

—¿Dónde? ¿Aquí?

—Sí... Sí.

Melvin y Otto cambiaron una mirada divertida. El primero devolvió el reloj a Marie.

—Nos gustaría ver las fotografías que ha tomado en «Villa Flavia», señorita Bovet. Y si usted nos complace, esto será el principio de una agradable amistad.

—¿Y si no lo hago?

Ramsey movió la cabeza, mientras sus delgados labios se estiraban en una «casi» sonrisa.

—Es usted demasiado inteligente y astuta para buscarse más complicaciones, Marie —dijo—. Apostaría cualquier cosa a que prefiere nuestra amistad a un pal de balazos en su nidito de amor. Y no estoy bromeando: soy capaz de meterle unas cuantas balas donde he dicho... De modo que sólo espero su respuesta.

Marie Bovet, que se había mordido los labios un instante, asintió con un gesto, y se puso en pie. Se acercó al extremo delantero del remolque, alzó la moqueta que cubría aquella parte, y luego alzó una tapa de madera. Junto a ella, Otto y Melvin vieron el hueco, del cual comenzó Marie a sacar lo necesario para el revelado y ampliado de las microfotos que podía tomar con su reloj de pulsera...

Las fotografías todavía estaban húmedas cuando Melvin y Otto las examinaron. Eran un buen trabajo, en conjunto. El total de fotos era de veinticuatro: de éstas, siete estaban desenfocadas, pues se veía solamente una pared, o el suelo, o el techo, o las piernas de algunos hombres... Las otras diecisiete no tenían desperdicio: aparecía el mayordomo, el vestíbulo, un despacho... Y hombres. El que más aparecía era precisamente Stefan Orowitz. Inconfundible: alto, macizo, casi completamente calvo, bronceado por el sol, poderoso, relucientes sus pequeños ojos oscuros... Vestía de calle,

sin corbata. Se le veía en todo momento sentado tras una mesa de despacho... del mismo despacho que Marie había fotografiado profusamente, sin duda para estudiar luego el lugar donde podía estar escondida la caja fuerte empotrada, o cualquier otro detalle interesante.

De los hombres que aparecían en las demás fotografías, Otto señaló a dos.

—Aquí están los cerdos de Lazlo y Toniek —murmuró.

Melvin asintió en silencio. Luego, miró a la silenciosa Marie Bovet.

—¿Le compró el señor Orowitz alguna colección de Arte?

—No. Fue muy amable, pero no le interesó la oferta. Bueno, supongo que el señor Orowitz es el calvo que me recibió en el despacho.

—Sí. ¿Nunca lo había visto usted antes?

—Claro que no. Hace poco que he llegado a Roma, he elegido para mí... para mi trabajo, Villa Borghese, y he empezado a estudiar varias casas.

—¿Y si resulta que alguien le compra una colección?

—Pues envíe el pedido a la casa de Milán para la que trabajo, y ellos lo sirven. Es una editorial muy seria.

—¡Menuda zorra! —rió Otto—. ¡Lo tiene todo previsto! Pero seguro que gana más dinero robando en esas lujosas quintas que vendiendo libros.

—Hay que pensar en el futuro —sonrió Marie.

—Estoy seguro de que una chica tan audaz e inteligente como usted ya debe tenerlo resuelto —deslizó Melvin Ramsey—. ¿Sólo trabaja en Italia?

—Oh, no. También en Francia. La editorial de Milán está en sociedad con una editorial de Lyon, de modo que la misma colección está publicada también en francés. Cuando me aburro de hablar en italiano vuelvo a Francia, y trabajo allí una temporada. También he hecho algunas cosas en Suiza y en Bélgica.

Otto agitó una mano, emitiendo un silbido al mismo tiempo.

—¡Toda una golfa internacional! —exclamó—. ¡Una auténtica golfa, vamos!

—Y ustedes... ¿a qué se dedican? —Los miró vivamente Marie—. ¿Quizá me han engañado y sí son policías? No creo haber

cometido nunca ningún fallo, pero...

Melvin y Otto cambiaron de nuevo una mirada. Melvin hizo una seña a su compañero, y ambos se alejaron hacia la puerta de acceso al remolque.

—¿Qué pasa? —se interesó Otto, en voz baja.

—¿Se te ocurre qué podemos hacer con ella? —preguntó a su vez Melvin Ramsey.

—Bueno... —Parpadeó Otto Kuzner—. Supongo que sólo podemos hacer dos cosas: o dejarla como está, o matarla.

—Eres demasiado rudimentario a veces, Otto... ¿No se te ha ocurrido que esto podría ser una jugada... especial de Stefan Orowitz?

—¿De qué hablas? —se sorprendió Otto.

—No lo sé, pero... Bueno, hay una solución intermedia entre las dos que tú has mencionado: podemos llevarla al «Nerón *Pub*».

—¡Eso no le gustará a Luc!

—Yo no soy partidario de marcharnos dejando a la muchacha tranquilamente —dijo Melvin—. Y para matarla, siempre estamos a tiempo. Pero antes de hacer eso, creo conveniente que la... presionemos un poco más en lugar seguro. Si Orowitz está tramando algo especial, bueno será que lo sepamos.

—A mí me parece absurdo esto, francamente, Melvin.

—¿Sí? Bueno, te diré cómo están las cosas: Stefan Orowitz está esperando un lote importante de armas para, con ellas, llevar a cabo una determinada acción que por el momento desconocemos. Nuestro jefe, Luc Périer, se ha enterado de parte del asunto, y nos ha contratado a ti, a mí y a otros para que, cuando llegue el momento, hagamos algo, tampoco sabemos qué exactamente. Por el momento, lo que estamos haciendo los de nuestro grupo es vigilar «Villa Flavia», nada más que eso. Yo me pregunto: ¿no se ha dado cuenta Orowitz de que alguien le está vigilando? Yo me pregunto si Orowitz es tonto. ¿Tú qué crees?

—No creo que lo sea —murmuró Otto.

—Entonces, quizá se haya dado cuenta, ¿verdad? Supongamos que sí se ha dado cuenta... Podía habernos acribillado dentro del coche, por ejemplo. O podía habernos seguido hasta el «Nerón *Pub*»... Podía haber hecho muchas cosas. Pero no ha hecho nada. En cambio, aparece una rubia encantadora que nos sirve en bandeja

fotografías de él, de algunos de sus hombres, del exterior y del interior de la casa... ¿Por qué? ¿Qué pretende Orowitz?

—Todo esto son sólo suposiciones tuyas.

—¿Y no te parece más inteligente asegurarnos de mis suposiciones que limitarnos a matar a la rubia y marcharnos?

Otto Kuzner vaciló visiblemente. Por fin, encogió los hombros.

—Bueno —dijo—, vamos a llevársela a Luc. En una cosa tienes razón: para matarla, siempre estamos a tiempo.

—O para violarla —sonrió Melvin Ramsey.

—Tú y ella sois unos guarros... —Se irritó Otto—. ¡Cochinos!

CAPÍTULO III

Luc Périer parecía un estupendo, simpático, cordial, casi afectuoso muchacho, que, además, tenía un gran atractivo varonil. Debía tener poco más de treinta años, era alto, elegante, atlético de grandes e inteligentes ojos oscuros, boca sonriente y bien dibujada, nariz recta, barbilla sólida... Ideal para ser el protagonista de una película romántica y dulzona.

Puesto al corriente de todo, y teniendo ante él, sobre la mesa del despacho, el material requisado a Marie Bovet, observaba con sonriente atención a la rubia, que a su vez lo contemplaba con curiosidad e interés.

Marie había tenido que acompañar a Otto y Melvin en el coche de éstos, hasta una calle donde estaba ubicado el «Nerón Pub». Sólo que no habían entrado en este local, sino en el contiguo, llamado «Nerón Disc», atiborrado ya de jóvenes y menos jóvenes que acudían a tomar unos tragos mientras eran sometidos al continuo machacar de una estrepitosa música. Cuando llegaron allí, ya era de noche, y Marie tuvo por un instante la sensación de que la noche se extendía al interior del «Nerón Disc» cuando entró en éste; pero pronto vio que, simplemente, el local estaba a oscuras salvo algunas que otras lucecitas rojas en puntos discretos. Habían cruzado la pista de baile, habían llegado al fondo del local, habían recorrido un pasillo, habían cruzado una puerta que había a un lado de éste, y había aparecido otro pasillo. Total, que Marie Bovet sabía ya que «Nerón Pub» y «Nerón Disc» se comunicaban, y que ahora estaba en «Nerón Pub», frente al muy apuesto.

Lúe Périer, que tras contemplarla atentamente unos segundos, sonrió y dijo:

—Me llamo Lúe Périer, señorita Bovet... Al parecer, somos compatriotas.

—Sí... —murmuró Marie—. Eso parece.

—¿No nos está usted contando un cuento chino?

—No. No tengo la menor idea de quiénes son ustedes, ni de qué o quién es ese señor Orowitz, al que nunca había visto. Ya les he explicado a Melvin y a Otto mi verdad. No puedo decir nada más... salvo que me gustaría que me dejaran en paz.

Luc Périer la contempló amablemente. De pronto, alcanzó el teléfono que había en un ángulo de la mesa, lo acercó, y descolgó el auricular. Despacio, todavía pensativo, comenzó a marcar un número. Al terminar de girar el disco se puso de relieve el denso silencio en el despacho.

—¿...?

—¿«Padrone»? —musitó Luc Périer.

—Soy Luc Périer... —habló éste en italiano—. Ha ocurrido algo sobre lo cual necesito sus instrucciones. ¿Podemos hablar ahora?

—Bien. Tenemos aquí, en mi despacho del «Nerón *Pub*», a una mujer llamada Marie Bovet que...

Mientras Périer hablaba, Marie Bovet volvió a mirar alrededor, pero, sobre todo, de reojo, hacia la mujer que permanecía sentada en actitud felina en el sofá. Era muy hermosa, de unos veinticinco años, de cabellos rojos y ojos verdes. Llevaba un vestido de noche, lo que encajaba con el traje oscuro de Luc Périer; al parecer, habían estado dispuestos a salir. Sus carnes eran muy blancas, salpicadas de pecas, y sus formas eran... esplendorosas; muy curvadas las caderas, rebosantes los grandes pechos por el escote... No había abierto la boca. Se limitaba a mirar a Marie Bovet con la expresión con que una gata podría estar contemplando a una ratita, como relamiéndose. Pero aún pareció relamerse más cuando, por un instante, sus ojos se posaron en el serio y atractivo Melvin Ramsey. Sí, Marie captó perfectamente la expresión de hembra ávida cuando la pelirroja miró a Melvin Ramsey, que estaba inmóvil, ignorándola. Melvin parecía de piedra.

No había nadie más en el despacho: Marie, la pelirroja, Otto Kuzner, Melvin Ramsey... y Luc Périer, que terminaba su explicación, y que ahora estaba escuchando.

—No... —dijo de pronto—. No hemos recurrido a la violencia con ella, por el momento.

—¿...?

—Yo diría que no, que no está asustada... —sonrió Périer, que

miró a Marie y le preguntó—: ¿Está usted asustada?

—Un poco —murmuró Marie.

—Dice que un poco —rió Périer.

—Podemos hacerle un buen tratamiento, si usted lo desea así, «Padrone», naturalmente.

—Ah, bien. Puedo admitir perfectamente que tenga usted una idea mejor, claro que sí. Y además, es usted quien manda. ¿Qué idea es ésta?

Luc Périer estuvo escuchando tres o cuatro minutos, moviendo afirmativamente en silencio varias veces la cabeza. Por fin, las instrucciones terminaron, y Périer sonrió.

—No es por darle coba, «Padrone», pero su plan me parece sencillamente excelente. Así lo haremos, sin fallos. ¿Algo más?

—Le tendré al corriente. Adiós.

Périer colgó, y Melvin Ramsey preguntó:

—¿Qué dice el gran jefe?

Périer señaló a Marie Bovet.

—Id a encerrarla en uno de los cuartos vacíos. Luego, volved aquí: tenéis algo que hacer los dos.

—¿Y la vigilancia de «Villa Flavia»? —Frunció el ceño Melvin.

—Enviaré allá a Turnar y Alberto. Aunque si es verdad lo que dice el «Padrone», esta noche no será necesario vigilar nada allí. Van a ser ellos los que salgan.

Aseguraos de que la señorita Bovet no va a proporcionarnos problemas.

Melvin Ramsey asintió, tomó a Marie de un brazo, y se dirigió hacia la puerta. Otto Kuzner salió tras él. Recorrieron un corto trecho de pasillo, Melvin abrió una puerta, y empujó suavemente a la rubia al interior; era un cuarto pequeño, amueblado con un viejo sofá, un par de sillones, y una librería polvorienta.

—Busca una cuerda, Otto.

—Ja, Melvin.

Ramsey señaló uno de los sillones, en silencio, y Marie se sentó. Se quedaron mirándose fijamente, inescrutables sus expresiones. Marie miró alrededor, como buscando algo, y volvió a mirar a Ramsey, que continuaba mirándola en silencio.

Otto Kuzner regresó antes de un minuto, con un rollo de grueso cordel. Siempre en silencio, Melvin procedió a amarrar a Marie al

sillón en el que se hallaba sentada.

—¿No la amordazas? —preguntó Otto.

—Por mucho que grite, nadie que no sea del grupo podría oírla. Y si la oyen gritar vendrán aquí y le harán pasar un mal rato. Lo cual —miró a Marie— no creo que sea del agrado de ella. ¿Verdad, Marie?

—No gritaré... —murmuró la rubia—. ¿Qué van a hacer conmigo? ¿Qué significa todo esto? ¿Quién es ese «Padrone»...?

Otto soltó un bufido.

—Salgamos de aquí —masculló—. ¡Si algo me asquea más que una mujer, es una mujer charlatana!

Salieron los dos del pequeño cuarto, dejando encendida la luz. A los pocos pasos, Melvin se detuvo ante una puerta.

—Voy a orinar —dijo—. Enseguida me reúno con vosotros.

Empujó la puerta, entró en los servicios, y se colocó ante una de las dos tazas de porcelana. Cuando terminó, se metió en una de las cabinas de inodoros. Estuvo quizá un minuto inmóvil, escuchando con gran atención. Luego, se quitó el zapato derecho, movió el tacón, y sacó lo que parecía una caja de cerillas. De un ángulo separó, con una uña, un diminuto botoncito metálico; tiró de él, alargando la pequeña antena telescópica. Acercó el diminuto aparato a la boca, y susurró:

—¿Hay contacto?

—Sí —se oyó una distante voz—. Adelante.

—Hemos...

La puerta de los servicios batió. Melvin Ramsey bajó velozmente la pequeña antena, mientras oía la voz de Otto Kuzner.

—Melvin, ¿qué haces? Te estoy esperando.

Apretando los labios, Melvin se apresuró a guardar el pequeño emisor-receptor en el tacón del zapato, se puso éste, bajó la cremallera de los pantalones, y salió de la cabina subiéndola, mirando enfurruñado a Otto.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Ni siquiera voy a poder orinar en paz?

—¿Y para eso te metes ahí dentro? Es más cómodo hacerlo aquí. Me han entrado ganas mientras te esperaba.

Se acercó a una de las tazas, y procedió a la evacuación líquida. Luego, se volvió hacia el ceñudo Melvin Ramsey, todavía sin subir

la cremallera. Ramsey miró, frunció más el ceño, dio la vuelta y salió de los servicios, oyendo tras él la voz de Otto.

—¡Antipático!

Kuzner salió tras Ramsey, que le precedió hasta el despacho de Luc Périer. La pelirroja continuaba sentada en el sofá, lánguida y sensual como una gata al sol.

Périer la señaló.

—«Coco» irá con vosotros. No sé cómo, «Padrone» se ha enterado de que Stefan Orowitz va a salir esta noche, y ha aprovechado esta circunstancia para elaborar rápidamente un plan...

—¿Y cómo puede «Padrone» enterarse de tantas cosas sobre Orowitz? —preguntó Melvin—. Prácticamente, lo está haciendo todo él, ya que nos orienta en todo momento. Lo sabemos todo sobre Orowitz. ¿Cómo lo averigua «Padrone»?

—Ramsey, nosotros hemos aceptado un trabajo, nos han dado ya una parte del dinero, la paga completa es buena, y eso es todo lo que nos interesa... aparte de obedecer a «Padrone». ¿Está claro? Por otro lado, yo soy el jefe del grupo, el que lo ha... reclutado, de modo que si hay que hacer preguntas, yo las haré. ¿Tienes alguna duda?

—No —masculló Ramsey.

—De acuerdo. Como he dicho, «Coco» irá con vosotros, porque os será de utilidad. Bien, iréis a un elegante club cuyo nombre es «Caesar's», y al que Orowitz piensa acudir esta noche, para sostener una entrevista con alguien... Esto no es seguro, pues «Padrone» dice que la persona que tiene que entrevistarse con Orowitz, lo mismo puede acudir hoy mismo que mañana o pasado...

—Es decir, que «Padrone» conoce a esa persona.

—Así parece —Périer entornó los párpados—. ¿Tienes más preguntas que hacer, Ramsey?

—No... No. Perdona.

Luc Périer asintió, con expresión fría. Tornó las fotografías que había obtenido Marie Bovet, y fue a sentarse en el sofá, junto a la pelirroja, a la que mostró una de las fotos.

—Ve echando un vistazo a estas fotos mientras os explico lo que tenéis que hacer, «Coco». Y fíjate bien en ellas, porque uno de estos hombres va a ser tu pieza...

Melvin Ramsey detuvo el coche cerca del club nocturno llamado «Caesar's», apagó el motor, y se quedó mirando hacia el letrero luminoso de color azul y rojo. Junto a él estaba Otto Kuzner. Y desde el asiento de atrás llegó la voz de «Coco» Bauer.

—Ve a echar un vistazo, Otto. Pero con cuidado.

—Bien —asintió Otto.

Salió del coche, y se alejó hacia el club nocturno. Melvin se dispuso a encender un cigarrillo, pero de nuevo le llegó desde atrás la voz de la pelirroja.

—Melvin, ven a sentarte a mi lado.

—Estoy bien aquí —replicó sosegadamente Ramsey.

—Estarás mejor conmigo.

Melvin Ramsey vaciló, pero acabó por dejar el cigarrillo. Salió del coche, y fue a sentarse en el asiento de atrás, junto a la pelirroja, que enseguida se abrazó a él, y acercó su jugosa boca a la de Ramsey.

—¿Por qué eres tan esquivo conmigo? —susurró.

—No me gustan las complicaciones en los grupos en los que trabajo —replicó Ramsey.

—Pues evítalas.

—Eso es lo que estoy tratando de hacer. Eres la chica de Luc, así que lo tengo muy en cuenta.

—¿Sabes que yo podría conseguir que Luc se enfadase mucho contigo? Sólo tendría que decirle que has intentado acostarte conmigo, y las cosas se complicarían para ti. Pero, hay un medio para que yo no le diga eso a Luc.

—Lo sé. El medio consiste en que yo no lo haga, simplemente.

—Por el contrario... —sonrió «Coco» Bauer—. Si lo haces, no le diré que lo hemos hecho. Pero si continuas rechazándome, le diré a Luc que has intentado forzarme.

—Eres una maldita perra —gruñó Melvin.

—No me importa lo que me digas —jadeó «Coco», acercando su boca más a la de Ramsey—, sólo lo que me hagas...

La boca femenina llegó a la masculina. «Coco» apretó con el brazo izquierdo el cuello de Ramsey, hundiendo sus tiernos labios tibios en la boca del hombre. Su mano derecha asió la mano izquierda de Ramsey, y la colocó en el escote... Ramsey no reaccionaba, así que «Coco» estiró un poco el ya amplio escote de su

vestido de noche, y el seno derecho lo desbordó; entonces, puso la mano de Ramsey sobre la sedosa carne turgente, caliente... Luego, su mano cayó sobre un muslo del británico, y se deslizó hacia arriba.

Melvin Ramsey se tensó un poco cuando la mano de «Coco» llegó al objetivo. Ella le apretó más el cuello, y sus labios parecieron fundirse en los del aventurero, parecieron absorberlos... Se oyó el leve deslizarse de una cremallera, y Melvin Ramsey se tensó de nuevo.

«Coco» apartó su boca, y besó en el cuello a Melvin, suspirando.

—Me gusta... —alentó apenas—. Me gusta conocerte así... ¿Por qué no me acaricias? Y no digas que no te gusta esto, porque estoy notando que sí te gusta...

Melvin Ramsey notaba los tiernos dedos de «Coco» Bauer, y recibía su perfumado aliento en un lado del cuello. Movié la mano que la pelirroja había colocado sobre uno de sus senos, y ella pareció recibir una descarga eléctrica.

—Sigue... —imploró—. Sigue.

Lo volvió a besar, mientras también ella acentuaba las caricias con su mano. De pronto, volvió a apartar su boca de la de Melvin, y jadeó:

—Voy... a sentarme sobre... sobre tus rodillas...

—¿Estás loca? —masculó Melvin—. ¡Estamos en plena vía pública, en el centro de Roma...!

—Oh, nadie se tija en el interior de los coches estacionados... ¡Voy a hacerlo!

«Coco» se movió ágilmente, sentándose sobre las rodillas de Ramsey, de cara a éste, de modo que el seno desnudo rozó el rostro masculino. «Coco» emitió un gemido cuando se sentó completamente en la situación deseada, y su boca buscó con desespero la de Melvin Ramsey. Los brazos de la pelirroja rodearon el cuello del británico, y «Coco» empezó a moverse lentamente...

—Ahí viene Otto —dijo Ramsey, liberando su boca.

«Coco» Bauer pareció recibir un latigazo. Apartó su pecho y volvió la cabeza. Melvin comenzó a empujarla, pero ella se aferró de pronto a él, cerró los ojos, y se mordió los labios, tensándose violentamente. Estuvo así unos segundos. De pronto, se relajó, y rápidamente ocupó su sitio en el asiento de atrás. Se oyó el

deslizarse de la cremallera. «Coco» se dejó caer hacia atrás, cerrados los ojos, temblando en sus labios una sonrisa...

Abrió los ojos cuando oyó abrirse una portezuela de delante. Otto entró en el asiento delantero, a la derecha del volante, y se volvió. Un destello pasó por sus ojos al ver la resplandeciente expresión de la pelirroja al resplandor de las luces de colores. Enseguida, Otto miró a Melvin, y de nuevo a «Coco».

—Ahí están —murmuró—. Está Orowitz y dos de sus hombres, el tal Douglas y el puerco de Toniek; no parece que hayan venido más. Si están esperando a alguien, puede aparecer en cualquier momento... ¿Te ocurre algo, «Coco»?

—No... —sonrió la Bauer—. Nada malo.

—Ah... Bueno, recuerdo que debes tener mucho cuidado. Si no puedes hacerlo así, lo haremos de otro modo. A Luc no le gustaría que te ocurriese algo... malo. ¿Verdad, Melvin?

Ramsey se limitó a emitir un gruñido. «Coco» se arregló innecesariamente el cabello, y salió del coche, dirigiéndose inmediatamente hacia el club «Caesar's».

Stefan Orowitz fue el primero de los tres en verla. Y su mirada fue lo bastante expresiva para que Toniek y Douglas siguiesen su dirección. Vieron a la pelirroja acomodándose ante la barra. Al sentarse en uno de los forrados taburetes, sus caderas se ensancharon sensualmente.

—Fiiuuu... —Silbó por lo bajo Douglas, el americano.

—Vaya hembra —se relamió Toniek.

Stefan Orowitz frunció el ceño. Luego, miró su reloj de pulsera. Faltaban doce minutos para que se cumpliera el plazo máximo de espera previsto. Sí en doce minutos, su contacto no aparecía, nada tenían que hacer allí. Deberían volver al día siguiente. Alzó su vaso de *whisky* con hielo, y bebió un sorbo. Se había olvidado inmediatamente de la pelirroja, pero cuando miró a sus hombres la recordó, al ver sus miradas fijas en dirección al mostrador.

La pelirroja continuaba allí. Estaba pidiendo algo al camarero. Luego, mientras esperaba, encendió un cigarrillo. Cuando terminó de hacerlo, se volvió, paseando una sonriente mirada por la sala... y su sonrisa adquirió un gracioso matiz de malicia al ver las miradas de los tres hombres.

—Es una buscona —murmuró Douglas.

—¿En este sitio? —protestó Toniek—. Claro que no, hombre. Es una chica aburrida, eso es todo. Y si no fuera por...

—Tranquilo, Hugo —gruñó Orowitz—: ni siquiera puedes estar seguro de que ha venido sola. A mí también me parece que es demasiado elegante y de clase para ser una buscona, así que, precisamente por eso, seguro que no está sola.

—Pues es una lástima —refunfuñó Hugo Toniek—, porque si nuestro enlace no viene, me gustaría sacar el cuerpo de penas. ¡Estoy harto de permanecer encerrado en la villa!

—El asunto no puede tardar más de dos o tres días —recordó Douglas, riendo—. Luego, podremos darnos la gran vida en la Costa Azul. Seguro que allí encuentras mujeres como ésa a patadas.

Hugo Toniek no contestó. Estaba mirando a la pelirroja, que a su vez lo miraba a él, con una leve sonrisita en sus apetitosos labios gruesos y rojos. Toniek se removió inquieto. Mala suerte... La pelirroja desvió la mirada, paseándola por el elegante local. Luego, le sirvieron el pedido, y se volvió. Toniek miraba fascinado aquella roja boca mientras bebía un sorbito de champaña. Los labios se movieron como en un beso, los veía perfectamente de perfil, adelantándose... La mirada de la pelirroja, de reojo, fue hacia Toniek, que sonrió; enseguida, los labios femeninos parecieron besar más descaradamente la copa.

—¿Qué hora es? —Gruñó Toniek.

Douglas emitió una risita, y no dijo nada. Orowitz pareció que ni siquiera le había oído. Un sujeto alto y elegante se acercó a la pelirroja, y le dijo algo. Ella le miró, le sonrió, y volvió a mirar de reojo a Toniek. El hombre estaba hablando de nuevo. La pelirroja lo miró directamente, y replicó algo al parecer poco amable, porque su sonrisa desapareció. El hombre, vacilante, se retiró. La mirada de la pelirroja volvió hacia Toniek, sonriente...

—Maldita sea mi estampa —farfulló Toniek.

—Parece que le has gustado —admitió Douglas—, porque si fuese una buscona, ya habría conseguido uno que quería, digo yo. Me pregunto qué habrá visto en ti.

Toniek le dirigió una torva mirada. Bueno, él no era tan atractivo como el americano, desde luego, pero, era más masculino. Sí, las mujeres sabían apreciar esto muy bien, él lo sabía. Era alto, robusto, de manos grandes, velludo. ¡Ah, las mujeres...!

—¿Qué hora es? —volvió a preguntar.

Esta vez, Orowitz miró su reloj.

—Bueno, ya pasan dos minutos del límite, de modo que nos volvemos a «Villa Flavia».

—Hombre, Stefan... —comenzó a protestar Toniek.

Orowitz miró a la pelirroja, y luego a su compinche.

—Está bien —consintió—. Pero te quiero de vuelta a la villa antes del amanecer. Y ten cuidado con lo que haces.

—Sí —rió Douglas—. ¡No sea que vayas a agarrar un sifilazo!

Orowitz y Douglas se pusieron en pie, y se dirigieron hacia la salida. Un minuto más tarde, Toniek dejó unos billetes sobre la mesa, se puso en pie, y se acercó al mostrador. La pelirroja, que le había visto llegar, se había vuelto hacia su copa, y contemplaba el resto del dorado líquido.

—A mí no se me habría ocurrido —dijo Toniek.

Ella volvió la cabeza.

—¿Perdón? ¿Decía usted algo?

—Digo que a mí no se me habría ocurrido pedir champaña. He pedido *whisky*. Pero seguro que el champaña es más refrescante...

—Sí... —sonrió ella—. Seguro. Y más ligero. Y naturalmente, mucho más agradable. Al menos, para mí. ¡Me encanta el champaña!

—¿Me permitiría invitarla a otra copa? ¿O quizás dos copas son demasiadas para usted?

—Me parece que no... —sonrió de nuevo la pelirroja—. Es usted muy amable.

—¿Eso quiere decir que acepta?

CAPÍTULO IV

El taxi se detuvo muy cerca del letrero luminoso azul y rojo, y Toniek vio las parpadeantes letras del club «Nerón». Luego, pagó el importe del servicio, se apeó, rodeó el vehículo, y le abrió la portezuela a «Coco» Bauer. Ella tendió una manila, y él la lomó. Era una mano fresca, tierna, deliciosa. La pelirroja salió, y señaló hacia el edificio.

—Mi apartamento está encima del club —dijo.

—Pues debes estar muy divertida. No entiendo por qué vas a otro sitio teniendo éste tan cerca.

—Pues por eso mismo: ¡estoy harta de este club! Y no te digo nada de la discoteca... ¡Lo que me cuesta dormirme cada noche!

—Bueno... —sonrió Toniek—. Esta noche, eso no va a tener importancia, ¿verdad?

Ella, que todavía tenía su mano en la de él, la apretó dulcemente. Pasaron por delante de la entrada del club nocturno, entraron en el edificio, y subieron a pie hasta la primera planta. «Coco» sacó el llavín del bolsillo, abrió la puerta, encendió la luz, y señaló hacia el interior del apartamento.

Hugo Toniek sonrió, la abrazó por la cintura, y entraron juntos. Él cerró la puerta, y acto seguido abrazó con los dos brazos a la pelirroja, la apretó contra su pecho, y la besó en la boca. Vibró cuando notó el rápido y tibio lengüetazo de la pelirroja, y sus manos apretaron con fuerza las tensas caderas femeninas. Luego, una se deslizó hacia el busto, y apretó uno de los senos, rudamente. La caricia con la que correspondió «Coco».

Bauer estremeció a Toniek, que estaba va lanzado a toda potencia.

Apretó con más fuerza a «Coco» contra su cuerpo, y ella se apartó entonces, y susurró:

—Qué barbaridad... Eres enorme...

Toniek le bajó los tirantes del vestido de noche, dejando al descubierto completamente los senos. Se inclinó, y comenzó a besarlos. «Coco» lo apartó, riendo dulcemente.

—Ya que vienes tan disparado, será mejor que pasemos al dormitorio directamente... Así, luego te tomarás las cosas con más calma. ¿Te parece bien?

Toniek se pasó la lengua por los labios, y asintió. Ella le tomó de la mano, y fueron hacia el dormitorio. Apenas entrar, la pelirroja se colocó junto a la cama, y, con gestos rápidos y exquisitos, se quitó la ropa. Frente a ella, Toniek la contemplaba fascinado. Se acercó a ella, y le puso las manos sobre los pechos.

—Eres la hembra más...

—Demuéstrame enseguida cuánto te susto —pidió ella.

—Sí... ¡Vas a verlo enseguida!

Se quitó rápidamente la chaqueta. «Coco» miró con fingida sorpresa el revólver metido en la pequeña funda axilar que quedó al descubierto.

—¿Vas armado? —exclamó—. ¿Por qué? ¿Eres policía, o...?

—No te preocupes por esas cosas —farfulló él—. ¡Vamos a...!

—Ah, no. Con eso encima, no... Tienes que desnudarte, como he hecho yo.

—Me parece justo —asintió Toniek.

Se quitó la funda, la camisa, los pantalones... Todo muy deprisa. En cuestión de segundos, «Coco» quedó complacida. Y enseguida, Hugo Toniek se acercó a ella, la tendió sobre la cama, y pasó a ocupar inmediatamente su posición.

—Ahora vas a ver... —jadeó.

«Coco» no vio, pero sintió. Lanzó un gemido, y esto pareció desatar la furia sexual de Hugo Toniek, que se lanzó frenéticamente al ataque...

Pero el ataque duró apenas unos segundos. Enseguida, Toniek notó en la espalda algo frío y duro. De momento, no hizo caso, pero la cosa fría y dura insistió en apretar, varias veces, contra su columna vertebral, y una voz de hombre, dijo, secamente:

—La juerga terminó, amigo. Creo que lo llaman *coitus interruptus*.

Hugo Toniek había lanzado una exclamación, y vuelto la cabeza vivamente. Vio a un hombre alto, atlético, de cabellos color cobre y

ojos negrísimos, que le estaba apuntando con una pistola provista de silenciador. Miró más hacia atrás, forzando el cuello, y vio al hombre que le clavaba la pistola en la espalda: un sujeto no menos alto, atlético y atractivo, rubio, de ojos azules...

—Quitádmelo de encima... —exclamó «Coco»—. ¡Es un bruto!

Melvin Ramsey se acercó a Toniek, lo agarró por los cabellos, y lo retiró dolorosamente de tan placentera posición. Toniek cayó de rodillas al suelo, junto a la cama, y enseguida se puso en pie, demudado el rostro por el dolor y la furia.

—¡Cómo está el asqueroso! —señaló Otto—. ¡Qué bárbaro!

Melvin se acercó a Toniek, inescrutable el rostro, inexpresivos como piedras sus negros ojos. De pronto, alzó la rodilla derecha, y Toniek lanzó un berrido al recibir el impacto en los genitales. Pareció que fuese a caer de nuevo de rodillas, pero, lanzando ahora un rugido, saltó contra Ramsey... Éste retrocedió un paso, se apartó tranquilamente, y cuando Toniek pasaba junto a él, le descargó un golpe con la pistola en los riñones. De nuevo cayó Toniek de rodillas, pero, sin duda alguna, era muy fuerte, porque se puso en pie de un salto, se volvió... El siguiente puntapié, le acertó en el mismo sitio que la primera vez, y de nuevo cayó de rodillas. El puño izquierdo de Ramsey le acertó en el lado derecho de la barbilla, que crujió...

Hugo Toniek puso los ojos en blanco, y se desplomó de lado, sin sentido.

—¡Vaaaaya! —exclamó Otto—. ¡Eso sí es pegar, Melvin, querido!

—Ayúdame a llevarlo abajo —encogió los hombros Melvin Ramsey.

—Ay, sí —asintió Otto, mirando de reojo a la espléndida pelirroja—. ¡Lo que veo aquí me causa más bien asquito!

Lo primero que vio Hugo Toniek al abrir los ojos, fue una mujer. Pero no era la hermosa pelirroja con la que se las había prometido tan felices, sino una rubia... aún más hermosa que la pelirroja. Estaba delante de él, de pie, mirándole inexpresivamente. Toniek fue a hablar, y entonces notó el dolor en la barbilla. La movió cuidadosamente, y luego soltó un gruñido. Su situación había cambiado radicalmente. Continuaba desnudo, pero en un pequeño cuarto, atado fuertemente a un sillón... y con una rubia delante, no

una pelirroja debajo.

De pronto, un destello de reconocimiento apareció en los ojos de Toniek.

—Usted... usted es la vendedora de libros...

—Así es —asintió Marie Bovet.

La mirada de Toniek describió un veloz círculo por el pequeño cuarto.

—¿Qué significa esto? —barbotó—. ¡Maldita sea su estampa! ¿Qué está tramando, qué es todo esto?

—Tranquilízate, hombre... —sonrió Marie Bovet—. Estuviste en apuros, pero ya ves que he llegado a tiempo de ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿Usted a mí?

—Naturalmente. Para eso somos amigos, ¿no?

Hugo Toniek entornó los ojos.

—¿Amigos usted y yo? Ya, ya... Escuche, zorra del demonio, no sé qué se trae entre manos, pero sea lo que sea, se la ha buscado, y buena.

—Vamos, vamos, Toniek... ¿Qué te pasa, hombre? Soy Marie, tu amiga Marie... ¡Y no me digas que no me recuerdas!

—Escucha, mierdiputa, no sé lo que tramas, pero sí sé que no vas a conseguir tomarme el pelo. ¿De acuerdo? Supongo que con el asunto de la venta de libros le has traído algún tinglado, pero no voy a seguirte el juego como un tonto.

—Todo eso... ¿quiere decir que no somos amigos, Toniek?

—Vete a la mierda. O por lo menos, deja de intentar tomarme el pelo. ¡Hace taita ser idiota para creer que vas a sacar algo de mi diciendo que somos amigos!

Marie Bovet retrocedió dos pasos, y dijo:

—¿Se han convencido?

Toniek se desconcertó. Pero enseguida, vio aparecer por detrás del sofá a tres hombres; a dos de ellos ya los conocía. El tercero era también alto, guapo, elegante, con un físico... seductor. Increíble terceto masculino.

El que no conocía se acercó a él pasando junto a la rubia, y se quedó mirándolo pensativamente.

—¿De modo que no conoce a Marie? —preguntó.

—Al demonio usted y ella. Comprendo ahora que la enviaron a la villa para algo... ¿Quiénes son ustedes?

Luc Périer estuvo de nuevo unos segundos contemplando reflexivamente a Toniek. De pronto, acercó el otro sillón, y se sentó delante del prisionero.

—Mi nombre es Luc Périer —se presentó—, y he sido contratado para desbaratar cierta acción que está preparando su jefe, Stefan Orowitz. Sabemos que tiene organizado un grupo que está esperando en «Villa Flavia» el momento de entrar en acción, momento que habrá llegado cuando reciban las armas que alguien va a proporcionarles. Ahora, será usted quien conteste a mis preguntas. ¿Quién ha contratado el grupo de Orowitz?

Hugo Toniek consiguió salir de su asombro. Movi6 la cabeza.

—No lo sé —murmur6.

—¿Cuándo, dónde y cómo llegarán las armas?

—No lo sé.

—¿Cuál es la acción que deben realizar?

—No lo sé.

—Parece que no sabe nada, Toniek.

—No... No sé nada de lo que me ha preguntado. ¡Usted sabe mucho más que yo!

—Ah. Eso significa que no me sirve usted de nada, ¿verdad?

—Yo... Yo no sé... ¡He sido contratado, y eso es todo!

—¿Ni siquiera ha oído hablar de «Padrone»?

—No... ¡No!

—Quizá sepa, al menos, a quién esperaban usted y sus dos amigos esta noche en el sitio donde fue... recogido amablemente.

—No... Tampoco sé eso. ¿Quiénes son ustedes? ¿Policía? ¿Servicio Secreto?

—Todo, lo contrario. Ya le he dicho al principio que hemos sido contratados para atacarles a ustedes. Nosotros recibimos instrucciones de un hombre al que llamamos «Padrone», y que parece, en efecto, saber casi todo sobre ustedes. Pero no ríos dice más que lo justo... En realidad, estamos... como ciegos. Obedecemos a ciegas, eso es todo. Y nos gustaría saber algo más. Algo que el propio «Padrone» no quiere decirnos. Me paga muy bien, pero yo quisiera saber qué es lo que espera de mí y de mis hombres, antes de que él me lo diga. Me gusta caminar sobre seguro. Por eso, he querido tener una entrevista con uno del grupo de usted... con la esperanza de que me diga cosas que «Padrone» no

quiere decirme. ¿Comprende esto, Toniek?

—Sí... Sí, lo comprendo. ¡Pero no sé nada, y nunca he oído hablar de ese «Padrone»!

—Ni conoce a esta preciosa rubia.

La mirada de Toniek se desvió un instante hacia Marie Bovet.

—La vi esta tarde... Estuvo en la villa, quería vender unos libros... ¡No sé nada más de ella!

—¿Sabe por qué le hemos capturado, Toniek?

—Para interrogarme... ¿No?

—Sí. En primer lugar, teníamos que capturarlo por orden de nuestro jefe, para asegurarnos por medio de usted de que la señorita Bovet no forma parte de su grupo, y que su intervención ha sido realmente casual y no algo tramado por Orowitz para que nosotros entrásemos en contacto con ella, con el fin de que la muy inteligente y audaz señorita Bovet se enterase de cosas de nosotros simulando, por ejemplo, adherirse al grupo.

Éste era el temor de «Padrone»: que Orowitz nos hubiese detectado. Pero, evidentemente, no es así, lo sabemos ahora gracias a usted. Y ahora, sabiendo ya que la señorita Bovet no es ningún cebo de Orowitz, es decir, habiendo cumplido nuestro objetivo, y considerando que usted no sabe nada más que pueda sernos útil, pregunto: ¿de qué nos sirve usted?

Hugo Toniek estaba lívido, porque había empezado ya a comprender los pensamientos de Luc Périer.

—Puedo... puedo facilitarle información...

—Ha quedado claro que ya sabemos incluso más que usted sobre Orowitz, ¿no es cierto? Pero, en fin, no pierdo nada dedicándole otro minuto. ¿Qué información puede ofrecernos?

—Bueno...

Luc Périer movió negativamente la cabeza, mientras sacaba su pistola, provista de silenciador.

—No, Toniek, no se esfuerce: va no puede decirnos nada. Lo siento.

—¡No disp...!

Plop, plop.

Toniek emitió un chillido, que se cortó bruscamente: con una especie de ronquido gutural; acto seguido, se relajó, y quedó inmóvil, con la cabeza caída sobre el pecho, en el que comenzaron a

aparecer las dos manchitas de sangre, que enseguida formaron una sola, sobre el corazón.

Luc Périer se puso en pie, guardando la pistola. Sin mirar a nadie, ordenó:

—Volved a atar a la señorita Bovet y llevaos el cadáver de aquí. Lastradlo bien y echadlo al Tíbet desde un puente. Enviaré a Harris para que se quede vigilando a la señorita Bovet.

—¿Y por qué no la matamos también a ella? —preguntó Otto.

—Eres un cretino... —Gruñó Melvin—. ¿No comprendes que Luc todavía puede encontrar el modo de utilizarla... como vendedora de libros, para conseguir todavía algo en «Villa Flavia»?

Luc Périer miró a Ramsey, sonrió con gesto astuto, y salió del pequeño cuarto.

Poco después, cuando ya Marie Bovet estaba de nuevo aluda a uno de los sillones, y Toniek era un tardo envuelto en una manta y atado con cordeles, apareció un sujeto alto y fuerte, de fea catadura, con la cara picada por señales de viruela, ojos verdes, mentón cuadrado. Otto Kuzner comenzó a hablar en alemán con él, pero Melvin Ramsey soltó uno de sus gruñidos.

—¿No podríais hablar en francés o italiano? —increpó.

—No decíamos nada importante —se disculpó Otto—. Sólo le decía a Hans que no hiciese cochinadas con la rubia.

—¿Paca qué otra cosa podemos quererla? —sonrió Hans, clavando en Marie su verdosa mirada.

—Sois un par de puercos —masculló Melvin—. Lo mejor será que vayáis los dos a tirar al río el cadáver de Toniek. Yo me quedaré con la señorita Bovet.

—Nada de eso —rechazó Hans—. Luc ha dicho que sea yo quien me quede, y eso será lo que haremos.

—Iré ahora mismo a ver a Luc para decirle...

—Se ha marchado —sonrió Hans—. Ha ido a «Villa Flavia», para charlar con Turnar y Alberto, por si hay alguna novedad, o han observado algo que, aunque a ellos no les haya llamado la atención, para él pudiera tener significado. Mierda, Ramsey, ¿qué te importa a ti esta mujer? ¡Haz tu trabajo, y en paz!

Melvin Ramsey miró a Marie Bovet. Luego, a Hans. Por fin, sin añadir nada más, se inclinó hacia el cadáver de Hugo Toniek. Otto hizo lo mismo, agarrándolo por la parte de los pies, y ambos

salieron del cuarto. Hans fue a sentarse en el sillón libre, encendió un cigarrillo, y se quedó mirando a Marie. Muy amortiguada llegaba hasta allí la música de «Nerón Disc».

Hans terminó su cigarrillo en silencio. Tiró la colilla al suelo, se puso en pie, y la aplastó. Luego, se acercó a Marie, y, sin más, le puso ambas manos sobre los senos, apretando, groseramente.

—Buen material —sonrió—. Estás muy buena, nena.

Marie Bovet lo miró. Luego, miró hacia la puerta.

—No vendrá nadie —rió quedamente Hans—. Todos los del grupo están ocupados: Turnar y Alberto, vigilando «Villa Flavia»; Luc y «Coco» han ido para allá; Ramsey y Otto han ido a tirar esa basura al río... Estoy yo sólo contigo.

Ya no se conformó con manosear por encima de la ropa, sino que comenzó a desabotonar la blusa, refunfuñando por la dificultad que le ocasionaban los cordeles que cruzaban y recruzaban sobre el torso de la prisionera. Pero en menos de un minuto, Hans había no sólo desabrochado la blusa, sino arrancado los sujetadores de un tirón, dejando al aire libre los hermosísimos senos de Marie Bovet, tersos y turgentes, dorados como el mismísimo sol.

—Preciosos... ¡Me los voy a comer!

Rió un instante antes de empezar a mordisquear. Marie Bovet no tenía expresión alguna, ni se resistía, ni se debatía... Parecía una estatua; una extraordinaria, bellísima estatua. Pero Hans sí se movía, se iba enardeciendo rápidamente. Tanto, que pronto comenzó a forcejear con la falda de Marie, hasta conseguir subirla, mostrando así los espléndidos muslos finos, macizos, preciosos. Inmediatamente, Hans intentó colocarse sobre ella, pero la postura de Marie, sentada en el sillón, no era, ciertamente, la más asequible a los propósitos del alemán, que lanzó un refunfuño.

—Échate hacia delante —gruñó.

—No puedo —murmuró Marie.

Hans le pasó las manos tras las caderas por entre los cordeles, y tiró con fuerza, atrayendo a Marie hacia sí, intentándolo de nuevo. Consiguió un contacto inicial, pero a todas luces insuficiente para sus deseos cada vez más exacerbados.

Se dejó caer sobre ella con fuerza, forzando los riñones.

—¡Ya verás cómo te voy a...!

No se dio cuenta de nada.

No vio la mano derecha de Marie libre de pronto, ni la vio moverse con centelleante velocidad hacia su cabeza, rígida, endurecida en una crispación para la aplicación del golpe de karate... Sólo sintió, un instante, el impacto de aquella bella mano en su sien izquierda. Fue como si dentro de su cabeza estallase un petardo, pero fue un estampido brevísimo, porque enseguida, todo quedó en silencio para Hans. Y en oscuridad.

Cuando rodó por el suelo ya nada podía importarle, porque el golpe le había matado fulminantemente.

Marie Bovet estuvo mirándolo con expresión tensa unos segundos, como temiendo que el golpe no hubiese sido suficiente, y que Hans fuese a ponerse en pie de un momento a otro. Pero no fue así, y entonces, utilizando la mano derecha liberada, la rubia procedió a desatarse completamente, lo que consiguió en pocos segundos.

Inmediatamente, fue hacia Hans, y le quitó la funda axilar con la pistola. A cada gesto, sus hermosos senos sueltos brincaban sugestivamente... pero Hans, pese a tener los ojos abiertos, ya no podía verlos. Marie se quitó la blusa, y se puso la funda axilar, pero enseguida comprendió que con sus ropas el bulto del arma era demasiado evidente. Así que se subió la falda, se colocó los talajes en la cintura, y se las arregló para que la funda quedase por debajo de su vientre, entre los muslos. Se bajó la falda, se echó un vistazo, y asintió, con gesto aprobativo.

Luego, le quitó a Hans todo el dinero que llevaba encima, y acto seguido salió del cuarto. No había nadie en el pasillo. Tampoco había nadie en el despacho de Luc Périer... Durante unos segundos, Marie Bovet estuvo en la puerta, mirando hacia un cuadro que había tras la mesa de despacho, pero acabó negando con la cabeza. ¿Qué podía encontrar en la camuflada caja fuerte de Luc Périer que fuese más interesante o importante que lo que ya sabía?

Además, no era Luc Périer quien le interesaba ahora, desde luego: tenía un objetivo mucho más interesante... e importante, sin duda alguna.

Recorrió el pasillo a la inversa de como lo hiciera a su llegada, y poco después apareció en la sala del «Nerón Disc», donde la animación no había decrecido. Caminando por entre bailarines solitarios, o al menos que parecían ignorarse unos a otros, Marie

Bovet se dirigió hacia la salida, como formando parte de las sombras rojizas de la sala, que parecía reventar bajo las notas musicales enloquecedoras.

Poco después, Marie Bovet estaba en la calle.

CAPÍTULO V

Había encontrado lo que buscaba en una pequeña «pizzería» de lo más típico, sita en Via del Genovesi, cerca del Tiber. El propietario, un italiano gordo, bigotudo, y de aspecto no sólo amable, sino incluso dulce, la había escuchado atentamente. Estaba a punto de cerrar ya el establecimiento, pues eran más de las doce de la noche, pero aquella «ragazza» rubia y de grandes ojos resplandecientes lo convenció sin gran dificultad: ella buscaba un teléfono privado, discreto, para hacer unas gestiones amorosas: ¿tenía él un teléfono privado, por favor? ¡Por favor!

Lo tenía.

¿Y una «pizza»? ¿Podía servirle a aquella hora una sola «pizza» y una botella de vino, a ser posible «Valpolicella»? ¿Podía, signare? ¡Por favor!

Podía.

De modo que, mientras el gordo y bigotudo Mario ponía un poco en orden su típico local para la cómoda limpieza al día siguiente, Marie Bovet estaba en un minúsculo despacho, sentada ante una vieja mesa en la que había un teléfono, una «Pizza Mozzarella», y una botella de «Valpolicella».

Entre trozo y trozo de «pizza» y sorbo y sorbo del excelente vino italiano, Marie Bovet se dedicaba a hacer girar el disco del teléfono, y a escuchar atentamente. Tenía en su memoria, como grabado, el sonido de los giros del disco del teléfono de Luc Périer cuando éste había llamado a «Padrone». Marcaba un número, escuchaba, movía negativamente la cabeza, y marcaba el siguiente número. Junto a ella, un papel y un bolígrafo, en el que iba anotando los números que componían la «sinfonía» que había escuchado en el despacho de Périer.

Ya tenía anotados cuatro números. Los marcó de nuevo, ahora seguidos, escuchando con suma atención. Sí, hasta aquí, iba bien.

Continuó consumiendo su tardía cena, y marcando números...

Finalmente, consiguió el número completo. Lo marcó, atento su fino oído y su colosal memoria de computadora. Sí, no cabía duda, el número era aquél. Terminó la «pizza», bebió un último trago de vino, y, ya sin mantener apretada la horquilla, marcó el número conseguido de tan singular e inteligente manera.

Comenzó a oír el sonido del timbre de llamada. Una vez, dos, tres... seis, siete...

—¿«Padrone»? —preguntó enseguida Marie.

Al otro lado de la línea hubo un prolongado silencio. Luego, sonó de nuevo la voz del hombre.

—¿...?

—Pregunto por «Padrone» —insistió Marie—. Y si va a decirme que me he equivocado de número, y que no sabe usted quién es «Padrone», pierde el tiempo. Y se está complicando la vida. ¿Prefiere hablar conmigo o con la Policía, por ejemplo?

—Soy Marie Bovet —sonrió ésta—. Me he escapado del «Nerón Pub», «Padrone». Uno de sus empleados, el llamado Hans, quería violarme, pero escogió un mal momento: yo casi había conseguido soltarme ya. Lo he matado.

—Luc Périer, y los demás, están ocupados en diversas actividades. Ha sido fácil salir de allí. Escuche, no perdamos el tiempo en tonterías. ¿Le parece bien? Si facilito su número a la Policía, lo encontrarían en pocos minutos. Elija entre esto o una conversación conmigo.

—De acuerdo. Pero no por teléfono. Quiero una entrevista personal.

—¿...?

—Ahora. ¿O tiene usted alguna dificultad en salir de ahí?

—...

—Va bene. ¿Tiene usted un paraguas?

—¿...?

—Sí, he dicho un paraguas. ¿Lo tiene?

—...

—Perfecto. Coja su paraguas, salga de ahí, y reúnase conmigo, dentro de veinte minutos en *Piazza Farnese*, frente al Palazzo... ¿Le va bien así?

—...

—No olvide su paraguas, ya que lo identificaré por él. Hasta luego, «Padrone».

Marte colgó, miró la botella de vino, y sonrió. Se sirvió medio vasito, lo bebió y chascó la lengua con gracioso gesto, guiñando los ojos: siempre le había gustado el «Valpolicella».

Recogió el plato y los cubiertos de la «pizza», la botella y el vaso, y salió del despacho. El obeso Mario volvió la cabeza al oírla, y sonrió amablemente.

—¿Todo bien, señorita?

—Espléndido, muchas gracias. Dígame cuánto le debo.

—Un beso —rió Mario—. ¡Pero si le parece demasiado caro, no pague!

Riendo, Marie cruzó el solitario local, besó los mofletes del simpático Mario, y le guiñó un ojo.

—A este precio, creo que vendré muchas noches a cenar aquí.

—¡Siempre que quiera! —rió Mario—. ¡Siempre que quiera...!

«Padrone» llegó a pie a *Piazza Farnese*. Marie lo vio aparecer procedente de *Piazza Campo del Fiori*, utilizando el paraguas como si fuese un bastón, tocando con la punta el suelo cada tres pasos, de modo ostensible. Sin embargo, ella no se movió. Estuvo mirando al hombre hasta que éste se detuvo, y un par de minutos más, mientras él miraba a todos lados, ya detenido.

Era un hombre alto y esbelto, de cabellos largos, vestido con elegancia. Y era joven; no más de treinta años... Otros dos minutos más tarde, Marie se dijo que, al parecer, «Padrone» había llegado solo. Claro que esto, la apariencia, no significaba nada, pero si quería hablar con él no tenía más remedio que acercarse.

Salió de su escondrijo, y comenzó a acercarse, lentamente. En una de sus miradas alrededor por la solitaria plaza, «Padrone» la vio, y entonces quedó inmóvil, mirándola. Cuando Marie llegó ante él, «Padrone» seguía inmóvil. Era guapísimo, y desde luego no tenía más de treinta años. Su frente era despejada, sus facciones nobles, sus ojos grandes y de mirada directa. Marie Bovet se dijo que «Padrone» era la clase de hombre, de persona, de la que nada malo podía esperarse.

—¿Es usted? —murmuró.

—¿Señorita Bovet? —preguntó él a su vez...

—Sí —asintió Marie—. Quiero decirle, ante todo, que tengo la

pistola de Hans, y que si me ha tendido una trampa, usted será el primero en morir.

«Padrone» hizo un gesto despectivo con la mano libre, y preguntó:

—¿Por qué ha querido verme?

—¿Cuál es su nombre auténtico? —Repreguntó ella.

«Padrone» sonrió simpáticamente, mostrando sus blanquísimos dientes, que contrastaron con su tostado rostro.

—Vamos, no sea infantil —reprendió amablemente—. Nada de nombres. Y deje de amenazarme con la Policía: es una tontería por su parte.

—¿Acaso es usted de la Policía?

—Quizá.

—¿Del

S. I. D.?

[1]

—No sea absurda.

—De acuerdo. Entonces, debo entender que aunque no pertenezca usted a ningún organismo oficial italiano, si debe tener, en cambio, importantes conexiones con ellos, de modo que se considera a salvo de denuncias.

—¿Qué clase de denuncia podría hacer usted contra mí...?

—Luc Périer ha asesinado a un hombre llamado Toniek ante mis propios ojos. Y Périer trabaja para usted, ¿no es así?

—¿Qué más? —murmuró «Padrone».

—Entiendo que Luc Périer dirige un grupo con el que piensa atacar a otro grupo, a cuyo mando está un tal Stefan Orowitz, el cual está esperando armas para llevar a cabo determinada acción...

¿Cree que a la Policía o al

S. I. D.

le interesaría esto?

—Tanto unos como otros me agradecerían que yo esté dispuesto a eliminar a un mal bicho como Stefan Orowitz.

—Entonces, ¿por qué no lo denuncia usted a él? Eso le simplificaría mucho las cosas, ¿no es cierto? En cambio, en lugar de denunciarlo al servicio secreto como presunto terrorista, usted ha organizado un grupo para... eliminar privadamente al grupo de Orowitz. ¿Por qué, «Padrone»? ¿Por qué quiere eliminarlo usted, en

lugar de avisar al

S. I. D.?

¿Qué está tramando exactamente Orowitz? Usted lo sabe, no lo niegue. No se lo dice a Luc Périer, pero lo sabe. Y en lugar de atacar ya a Orowitz, está esperando que éste reciba armas, y se entrevistó con alguien. ¿Con quién? ¿Qué está ocurriendo?

«Padrone» se quedó mirando fijamente a Marie Bovet durante casi medio minuto. Por fin, murmuró:

—¿Quién es usted y qué es lo que quiere exactamente?

—Me parece, «Padrone», que no quiere usted contestar a mis preguntas.

—No pienso hacerlo, desde luego.

—Bueno —sonrió Marie—, en ese caso, hablemos de dinero. Ya le explicé Luc Périer quién soy y a qué me dedico... además de a vender libros. Digamos que se me podría definir como... como una ladrona de guante blanco. ¿Está de acuerdo?

—¿Quiere dinero por guardar silencio?

—Sería mi golpe más sencillo —sonrió de nuevo Marie—, y seguramente, el más productivo. Págueme, desapareceré en silencio.

—¿Cuánto quiere?

—Un cuarto de millón.

—¿De liras?

Marie se echó a reír.

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¡Vamos, vamos, «Padrone», hace ya tiempo que dejé de comprarme caramelos...! Y con doscientas cincuenta mil liras sólo tendría para eso: para caramelos. Yo estaba hablando de dólares; dólares americanos, naturalmente.

—Eso es mucho dinero.

—Lo sé bien. ¿Acepta?

«Padrone» vaciló un instante; sólo un instante, pero visiblemente.

—Llárame al mismo número mañana a mediodía, y le daré una respuesta —murmuró.

—Muy bien. Ha sido un placer conocerle, «Padrone».

Éste asintió, con gesto grave, mirando fijamente a la rubia aventurera. De pronto, dio media vuelta, y comenzó a alejarse, sin tan siquiera murmurar una despedida. Marie Bovet estuvo inmóvil mirándole alejarse, hasta que «Padrone» se perdió de vista. Justo

entonces, Marie echó a correr tras él, en dirección a *Piazza Campo del Fiori*. Pronto lo divisó de nuevo, caminando con elegancia, rápido, cruzando la plaza en dirección a la cortísima calleja que la unía con *Corso Vittorio Emanuele II*...

La persecución se realizó sin contratiempo alguno para Marie Bovet. «Padrone» volvía de cuando en cuando la cabeza, pero Marie captaba el gesto apenas iniciado, y se apresuraba a esconderse, o bien, cosa que tuvo que hacer dos veces, a tenderse rápidamente en el suelo.

Y así, una tras otra, llegaron a *Via Panisperna*, que recorrieron casi completamente. «Padrone» se detuvo después del cruce con *Via Cavour*, muy cerca de la iglesia de Santa María Maggiore, miró una vez más hacia atrás, y luego dio un par de pasos, desapareciendo en un portal.

Un minuto más tarde, lentamente, Marie llegaba ante el portal. Pasó por delante de éste, echando un vista al interior. La puerta de reja y cristal estaba abierta, pero dentro todo era oscuridad. Muy bien, no tenía importancia: todo lo que debía hacer era volverse, ver el número de aquella casa de *Via Panisperna*, y luego interesarse por sus ocupantes. Seguro que...

Marie se detuvo en seco, al ver aparecer ante ella un hombre, cuya mano derecha estaba metida en el bolsillo de la chaqueta. El hombre también se detuvo, y Marie se pasó la lengua por los labios; lo había reconocido inmediatamente; era Otto. Volvió la cabeza, y tras ella vio, ante el portal, otros dos hombres: «Padrone» y *Melvin Ramsey*. Cuando miró hacia su izquierda, ya no se sorprendió en absoluto al ver otros dos hombres cruzando la calle, acercándose a ella, también con la mano derecha en el bolsillo. Otto había reanudado la marcha... En un instante, el cepo se cerró en torno a Marie Bovet, que acabó por sonreír, moviendo la cabeza con un gesto de reproche hacia sí misma, y alzando las manos a la altura de los hombros.

—Venga, señorita Bovet —oyó la voz de «Padrone».

Regresó los pocos pasos hasta el portal donde había entrado «Padrone». Los demás hombres llegaron, en silencio. «Padrone» tomó del brazo amablemente a la rubia, y entró en el portal. Apretó un botón, y se encendió la luz de la escalera.

—Es en el primer piso —dijo «Padrone»—. No vale la pena

tomar el ascensor.

Melvin Ramsey se adelantó a ellos, de modo que cuando llegaron al primer piso ya tenía abierta la puerta de un apartamento, y encendida la luz. «Padrone» dejó pasar cortésmente a Marie, y luego entró él. Olio fue el último en entrar, cerró la puerta, y fue a reunirse con todos en la salita... donde esperaba «Coco» Bauer, que miró a Marie y frunció el ceño. Junto a ella, sentado, Lúe Périer, en silencio.

—La muy bruja —farfulló.

—Ya conoce a «Coco» Bauer y a Luc —señaló «Padrone»—. Y me parece que también a Kuzner y Ramsey. Los otros dos son Turnar y Alberto.

—¿Y usted? —Lo miró Marie.

—¿Yo? También lo sabe: «Padrone». Y por su culpa estoy en una situación difícil, señorita Bovet. Muy difícil.

—Comprendo.

—¿De veras lo comprende?

—Sí, creo comprender... Hasta ahora, sólo le conocía Luc Périer. Ahora, le conoce todo el grupo. Y eso no es conveniente para usted, ¿verdad?

—No... No lo es.

—Bueno, no se preocupe demasiado... A fin de cuentas, me ha capturado a mí... lo que demuestra que no soy tan lista como creía... Debí comprender que usted comprendería que pensaba seguirlo y que me tendería una trampa.

—Son cosas que pasan. Nadie es absolutamente más listo que los demás en todo.

—No debí olvidar eso —susurró Marie.

«Padrone» se quedó mirándola, y de plomo abrió los brazos, en un gesto como de desconsuelo.

—¿Qué voy a hacer con usted, señorita Bovet? No quisiera tener que matarla, pero me ha complicado mucho la vida... En realidad, lo ha complicado usted todo: hemos tenido que abandonar la excelente base que era «Nerón *Pub*», ha muerto uno de los hombres de Orowitz, usted ha matado a uno de los míos, y ahora, no sólo usted, sino mis hombres, me conocen... de lo cual nadie tenía ninguna necesidad. Sólo me queda este apartamento, y una prisionera. ¡Habría sido todo tan sencillo si usted no hubiese

intervenido!

—Su base del «Nerón *Pub*» es perfectamente utilizable —dijo Marie—, puesto que nadie sabe nada sobre ella. Toniek murió, y yo estoy en sus manos...

—¿Trabaja usted sola, realmente? —preguntó Melvin Ramsey.

—Absolutamente sola. Y no he hablado con nadie de todo esto. No me interesaba.

—¿Por qué? —preguntó «Padrone»—. ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que podemos llegar a un acuerdo. A fin de cuentas, por lo que estoy entendiendo hasta ahora, Luc Périer no se ha metido en nada que pueda complicar las cosas para Francia.

Se quedaron lodos mirándola estupefactos, menos Ramsey, que permaneció inescrutable.

—¿Complicar las cosas para Francia? —exclamó por fin Luc Périer—. ¿Qué quiere decir?

—Mi nombre verdadero es Marie Bovet, en efecto —dijo ésta—, pero no soy ni vendedora de libros ni ladrona: trabajo para el S. D. E. C. E.

francés, es decir —miró a «Padrone»—, más o menos el equivalente de su

S. I. D.

italiano, «Padrone».

Éste parpadeó repetidamente antes de mascullar:

—¿Es usted una espía francesa?

—Digamos mejor una contraespía —sonrió Marie—. Nuestro centro de información en París recibió informes de que Luc Périer, que va se ha metido en líos en otras ocasiones, estaba organizando un grupo en Roma. Se le vigiló, se supo que él y sus hombres estaban vigilando «Villa Flavia», y el

S. D. E. C. E.

decidió enviarme para saber qué se estaba tramando en Roma con la intervención de Luc Périer. Así que inicié mi labor visitando «Villa Flavia» a ver qué había allí... y tuve la suerte de que Luc Périer, o sus hombres, se interesasen por mí, con lo que me ahorré maniobras personales de acercamiento a su grupo.

—Fantástico —exclamó «Padrone»—. ¿Y por qué ese interés por Luc, señorita Bovet?

—¿No lo sabe usted? —sonrió Marie—. Vaya, observo que Luc

es muy discreto, a pesar de todo.

—¿De qué está ella hablando. Périer? —Le miró «Padrone».

—Supongo —refunfuñó Luc—, que ella se refiere a que durante un tiempo estuve en el

S. D. E. C. E.

—¿Fue usted un agente francés? —Palideció «Padrone»—. ¿Y por qué lo dejó?

—Me aburría. A mí no me gusta una vida tan rígida como la que significa pertenecer a uno de esos organismos. Lo paso mucho mejor haciendo cosas por mi cuenta.

«Padrone» se pasó una mano por la frente, y se dejó caer en un sillón. Por un instante, su mirada fue hacia el teléfono, pero luego miró a Marie, y desistió. La espía francesa casi soltó una carcajada.

—Verdaderamente, parece que le hemos complicado la vida, «Padrone». Tendrá que tomar una decisión, ¿no?

—Hay cosas que no puedo decidir las yo —negó «Padrone»—. Tendré que consultar con «Padrone».

—¿Con «Padrone»? —Gruñó Melvin Ramsey—. ¿No es usted el «Padrone»?

«Padrone» miró a Ramsey, y no contestó. No reaccionó en ningún sentido. Los demás, incluida la siempre fría e indiferente «Coco» Bauer, le miraban con interés y sorpresa. Verdaderamente, la intervención de Marie Bovet había alterado todos los planes del joven y atractivo «Padrone»... ¿O no era él el «Padrone» auténtico, el grande, el definitivo?

—Hay otra cuestión —dijo de pronto Marie Bovet—: ¿qué hará Stefan Orowitz cuando llegue el nuevo día y Toniek no haya regresado a «Villa Flavia»... ni regrese en todo el día?

—Si usted no hubiese intervenido —la miró casi furiosamente «Padrone»—, no habría ocurrido nada. No habríamos pensado que Orowitz sabía algo y que nos tendía una trampa, o algo parecido, y todo hubiese seguido el curso establecido...

—Lo que ya está hecho no podrá cambiarse —dijo serenamente Melvin Ramsey—. Tendríamos que pensar algo para solucionar el problema que ha apuntado Marie, desde luego.

—Yo tengo ya la solución —dijo la espía francesa.

La mirada de todos convergió en ella.

—¿Qué solución? —saltó «Padrone».

—Bueno, supongo que podemos partir de la base de que Stefan Orowitz no es un desdichado mental, ¿verdad?

—No, no lo es —gruñó «Padrone»—. ¿Y qué?

—Pues que en cuanto empiece a preocuparse por la ausencia de Toniek, él también tendrá que tomar nuevas decisiones... y pienso que a nosotros nos convendría mucho saber qué decisiones son esas.

—¿A «nosotros»? Habla usted como si formara parte de mi grupo, señorita Bovet.

—Es lógico, ¿no? En su grupo está mi excompañero Périer, y según todos los indicios, quien está preparando alguna acción armada es Orowitz, no usted. Mi postura personal no puede ser más consecuente, creo yo: impedir el uso de las armas, impedir que se lleve a cabo determinada acción en la que habrían muertos, que, de un modo u otro, si se mencionaba el nombre de Luc Périer en un sentido u otro, pudiese perjudicar al

S. D. E. C. E.

o a la misma Francia. Por lo tanto, no debe sorprenderle que quiera ponerme de su lado.

—Demonios —masculló Ramsey—. ¡No se puede hablar más claro, desde luego! ¿Y... qué haría usted, Marie, para saber qué decisiones nuevas va a tomar o tomaría Orowitz?

—Puedo visitar de nuevo «Villa Flavia», y preguntarle al señor Orowitz si va ha tomado una decisión.

—Una decisión... ¿sobre qué?

—Sobre si me compra o no mi colección de libros de Arte. Le diré que lo tengo anotado en mi agenda en este sentido, es decir, que él me dijo hoy que me daría la respuesta al día siguiente, como hacen otros posibles clientes. Él dirá que no, yo me disculparé, diciendo que me he equivocado al tomar mis notas, y me marchare.

La estupefacción era total en el grupo, excepto en Ramsey también en esta ocasión, que preguntó:

—¿Y qué ganaremos con toda esa comedia?

—Cuando yo me marche del despacho de Stefan Orowitz, uno de mis pequeños micrófonos se quedará allí, en un sillón, escondido. Sólo tendremos que poner en marcha el receptor, y sabremos todo lo que Orowitz hable con sus hombres.

Se hizo el silencio. Otto contemplaba a Marie con los ojos muy abiertos, igual que «Padrone», Alberto y Turnar. Périer sonreía con

cierto sarcasmo, y «Coco» Bauer tenía fruncido el ceño.

—De modo que tiene usted un equipo de éstos —murmuró Melvin Ramsey—. ¿Dónde?

—En mi remolque —sonrió Marie—. En un escondrijo que no les mostré la vez anterior a usted y a Otto. Bien, ¿qué les parece mi idea, mi... proposición para una alianza?

«Padrone» miró de nuevo hacia el teléfono; luego, como sobresaltado, miró a Marie. Se puso en pie.

—Alberto y Turnar volverán a vigilar «Villa Flavia» ahora mismo, y se quedarán allí toda la noche. Luc y «Coco» volverán a «Nerón *Pub*», para asegurarse de que todo está bien allí y que la señorita Bovet no nos ha mentado en ese sentido. Ramsey y Kuzner se quedarán aquí con ella... Y que no escape esta vez, ¿de acuerdo? Yo llamaré a Luc en cuanto haya tomado una decisión.

—¿Usted, o el gran «Padrone»? —preguntó Marie.

El joven «Padrone» la miró hoscamente. Luego, sin añadir una sola palabra, abandonó la salita, y segundos después se oía el batir de la puerta del apartamento.

CAPÍTULO VI

Y un minuto más tarde, en el apartamento de Via Panisperna solamente quedaban Marie Bovet, Otto Kuzner y Melvin Ramsey. Éste, que miraba fijamente a Marie, dijo, de pronto:

—Súbase la falda.

Y al decirlo, esgrimió su pistola, apuntando al pecho de la bella rubia. Otto Kuzner soltó un refunfuño.

—¡Pues sí que escoges tú buenos momentos para...!

Se calló de pronto, estupefacto, pues Marie había obedecido, sonriente... dejando al descubierto la pistola enfundada que llevaba entre los muslos.

—Es usted muy listo, Melvin —murmuró—. Demasiado listo para estar a las órdenes de un atolondrado como Luc Périer.

Melvin se acercó, retiró la pistola de la funda, y luego señaló ésta y los atalajes.

—Será mejor que se quite eso, si quiere estar cómoda.

Marie obedeció, mostrando ahora su cuerpo de cintura para abajo. Cuando dejó la funda a un lado, miró a uno y otro hombre, y dijo:

—Parece que las cosas van a ser diferentes a como fueron con Hans, ¿verdad? Estoy con dos hombres, pero no corro peligro... sexual. Uno de ellos es homosexual, y el otro... ¿Qué es usted, Melvin? ¿Es de piedra?

—¿Me está provocando? —preguntó Melvin secamente.

—No le haga caso —exclamó Otto—. ¡Es una cochina!

—Nada de eso... —rió Marie—. Lo que pasa es que Melvin me gusta, simplemente.

—¿Ah, sí...? ¡Bueno, pues también me gusta a mí!

—En ese caso —rió Marie—, que elija él con quien quiere pasar la noche. Porque supongo que no vamos a pasarla aquí sentados, como tontos. Yo, por lo menos, pienso acostarme... ¿Vienes

conmigo, Melvin?

—Ay, qué asco de mujer... ¡Melvin, no le hagas caso!

—¿Por qué no? —sonrió de pronto Ramsey—. No sé qué juego se trae la bella Marie, pero el principio es muy de mi agrado. Nunca me he tirado una espía... Quizá sea interesante. Muy bien, Marie, vamos a un dormitorio. ¿De acuerdo?

—¡Melvin, no me hagas esto! —gimió Otto—. ¡Oh, no puedes ser tan cruel conmigo...!

Marie, que ya se había puesto en pie, se dirigió hacia la salida de la salita, y Ramsey la siguió. Otto le agarró de un brazo, pero el británico se desasíó rudamente.

—Escucha —lo miró fríamente—, ya me estás hartando, Otto. ¿No sabes aceptar las cosas? Quédate aquí, por si Luc llama por teléfono, y déjanos en paz, o te romperé la cara de tal modo que jamás podrás volver a ser tan guapo. ¿Está claro?

Otto Kuzner se mordió los labios, y permaneció en silencio. Melvin se acercó a Marie, que esperaba en el umbral, le rodeó la cintura con un brazo, y caminaron por el pasillo. Entraron en uno de los dormitorios, y Ramsey cerró la puerta. Luego, rodeó con sus brazos la cintura de Marie, la atrajo, y la besó en los labios, larga y profundamente.

Cuando se separaron, ella sonrió, y susurró:

—¿Bien?

—Muy bien... Muy agradable. ¿Te desnudas tú o te desnudo yo?

—A tu gusto.

Melvin Ramsey asintió, y comenzó a desnudar a la hermosa rubia, que le contemplaba sonriente. Cuando terminó, ella se colgó de su cuello, y buscó de nuevo sus labios, ofreciéndole otro largo y profundo beso. Luego, Marie tomó de una mano a Melvin, y lo llevó hacia la cama. Se tendió en ésta, y alzó sus ojos hacia el silencioso británico, que volvió un instante la cabeza hacia la puerta. Ella también miró hacia allí, sonrió una vez más, y tendió los brazos. Melvin Ramsey se quitó la ropa, y se tendió junto a ella. Deslizó una mano por la cadera espléndidamente curvada. Marie se estremeció.

—¿Bien? —preguntó él.

—Sí... Sí.

—¿Cuál es tu truco, esta vez?

—¿Truco? —se sorprendió ella.

—No me digas que nos estás tramando algo, con todo esto. Pero ten cuidado: yo no soy Hans.

—Lo sé... Por eso me gustas. Eres, diferente. Eres más fuerte, más... masculino. ¿Por qué no puedes creer que, simplemente, me gustas?

—¿Te acuestas con todos los hombres que te gustan?

—Ñu siempre —rió quedamente ella, acariciándole a tundo—. Pero si las cosas se ponen mal para mí, si el gran «Padrone» decide eliminarme, al menos hablé gozado en mis últimos minutos. La vida hay que tomarla como viene, Melvin... no hay que dejar escapar de ella ni la más pequeña pizca de goce. ¿No estás de acuerdo?

—Por completo. Y hablando de goce...

Comenzaron a besarse de nuevo, acariciándose...

Afuera, con una oreja pegada a la puerta, Otto Kuzner dejó de oír las voces de Marie y Melvin, y comenzó a oír solamente suspiros. Ya no hablaban. El bello alemán estaba lívido... Permaneció allí, pegado a la puerta, escuchando los rumores que le iban indicando, como si lo estuviese viendo, todo el proceso. Como muy lejana, llegó una llamada telefónica. Estaba sonando el timbre del teléfono, sí.

Demudado el rostro, Olio Kuzner recorrió el pasillo, entró en la salita, y descolgó el auricular.

—¿Sí? —Chirrió su voz.

—Ah, hola... Sí, soy Otto. ¿Qué...?

—Él está en la cama, con la francesa.

—¿...?

—¿Que qué están haciendo? —Casi gritó el alemán—. ¡Ella se lo ha llevado a la cama, y están haciendo...! ¡Lo que hacen un hombre y una mujer!

—¿Qué? —Respingó Otto.

—¡...!

—Lo voy a hacer con mucho gusto... —exclamó Otto, con una súbita sonrisa en su hermoso rostro—. ¡Con muchísimo gusto!

Colgó el auricular, y regresó hacia el dormitorio rápidamente. Cuando llegó ante la puerta, sacó su pistola, se aseguró de que el silenciador estaba bien colocado, asió el pomo con la mano izquierda, empujó la puerta, y entró, orientando enseguida el arma hacia la cama.

En ésta, tendido uno junto a otro ya, Melvin y Marie volvieron vivamente la cabeza hacia Otto, que extendió el brazo armado.

—Apártate de ella, Melvin... —jadeó el alemán—. ¡Voy a matarla!

Melvin Ramsey saltó rápidamente de la cama, quedando en la línea de tiro, protegiendo con su cuerpo a Marie Bovet.

—¿Estás loco? —espetó fríamente—. ¡Guarda esa pistola! Y no molestes más, o le diré a Luc que éstas complicando...

—¡Tengo orden de matarla a ella! ¡Apártate! Voy a tener el gusto de liquidar a esta puerca ramera que...

Mientras hablaba, Otto había comenzado a desplazarse, para dejar a Ramsey fuera de la línea de tiro... Pero no fue él sólo quién se movió: Marie y Melvin también lo hicieron. Ella, rodando velozmente hacia el borde de la cama, y él hacia donde habían quedado sus ropas y su pistola.

En el momento en que la bala disparada por Otto Kuzner se hundía blandamente en el lugar de la cama donde había estado Marie, esta caía al suelo rodando por el borde, y Melvin Ramsey llegaba ante su pistola. La empuñó rápidamente, se volvió hacia Otto, y le apuntó. Otto ni siquiera le vio... Solamente veía parte del cuerpo de Marie Bovet, al otro lado de la cama, y comenzó a desplazarse de nuevo, para efectuar el segundo disparo contra la bella francesita...

Plop, chascó suavemente el arma de Melvin Ramsey.

La bala acertó a Otto Kuzner en la sien izquierda, le reventó parte de aquel lado de la cabeza, y lo hizo girar, lanzando salpicaduras de sangre alrededor, como un surtidor giratorio. Enseguida, Olio cayó rodando por el suelo, y fue a quedar a los pies de la cama. Melvin Ramsey quedó inmóvil tras haber seguido su trayectoria, apuntándole todavía... La cabeza de Marie Bovet apareció por un lado de los pies de la cama. Su mirada se posó en Otto, y luego se alzó hacia Melvin.

—Vístete —susurró éste—. Deprisa.

—Sí.

Lo hicieron los dos, rápidamente. Luego, fueron al saloncito, y allí, Marie se colocó de nuevo la pistola de Hans entre los muslos, observada en silencio por Melvin Ramsey.

—¿Qué vamos a hacer? —murmuró Marie.

—Por el momento, largarnos de aquí. Si realmente Otto tenía orden de matarle, yo acabo de complicarme la vida en el grupo. Pero...

El timbre de la puerta le hizo enmudecer. Cambiaron una viva mirada, y luego, sin más comentarios, Melvin Ramsey se dirigió hacia la puerta del apartamento.

—¿Quién es? —murmuró.

—Abre, Melvin: soy Lúe.

Melvin Ramsey frunció el ceño. Luego, abrió la puerta, colocándose a un lado. Luc Périer entró rápidamente, se desconcertó un instante al no ver a nadie, y sonrió cuando vio a Ramsey a su lado.

—Tenemos mucho que hacer —dijo—. ¿Todo está bien aquí?

—Sí —murmuró Melvin.

Fueron los dos a la salita. Luc Périer sonrió a Marie al entrar, se acercó al sofá en el que ella estaba sentada, y se sentó a su lado.

—De acuerdo —dijo—. «Padrone» acepta su plan. De modo que vamos enseguida a buscar su equipo, y concretaremos todos los detalles de su... incursión en «Villa Flavia».

—Estupendo —sonrió levemente Marie.

—Pues en marcha. ¿Dónde está Otto?

—Lo he matado —dijo Melvin.

Luc Périer se quedó mirándolo estupefacto. Luego, simplemente, parpadeó.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque llamaron por teléfono, le dieron órdenes de matar a Marie, y supongo que a mí, y no me gustó esa parte del plan. ¿Por qué le ordenaste que nos matara?

—¿Yo? —exclamó Périer—. ¡Pero qué dices, idiota...! ¡Yo no he llamado aquí por teléfono!

—Pues alguien lo ha hecho —dijo suavemente Marie—: yo oí la llamada. Luego, Otto entró en el dormitorio y dijo que tenía orden de matarme a mí.

—¿Me estáis tomando el pelo? —Luc Périer estaba congestionado de furia—. ¡Yo no he llamado! He estado todo el rato con «Padrone». Enviamos a «Coco» al club, y «Padrone» y yo buscamos un teléfono desde donde él pudiese hacer una llamada discretamente. Habló con alguien, y entonces me dijo que viniese

aquí a deciros que el plan estaba aceptado, y que lo preparásemos todo. ¿Por qué demonios tendría que mentiros? Además, si yo hubiese dado esa orden...

De nuevo sonó el timbre de la puerta. Hubo cambios de miradas entre los tres personajes. De pronto, Melvin señaló hacia la puerta de la salita.

—Quizá me equivoque, pero me parece que vamos a salir de dudas. Te sugiero que te escondas detrás del sofá, Luc.

—¡Pero qué tontería...!

—Hazlo. ¿Qué pierdes con ello?

Melvin Ramsey salió de la salita... Cuando regresó, acompañado por «Coco» Bauer, ésta sonreía ampliamente, dulcemente... pero su sonrisa quedó congelada en su hermoso rostro al ver a Marie Bovet sentada en el sofá y mirándola fijamente.

—¿Dónde está Otto? —preguntó, con voz tensa.

—Muerto... —dijo Melvin—. Quiso matarme, y no tuve más remedio que dispararle. ¡Debió volverse loco de celos al saber que Marie y yo estábamos en la cama!

—No... No, no —«Coco» miró intensamente a Melvin Ramsey—. No era a ti a quien quería matar. Melvin, sino a ella. Yo sé lo ordené.

—Ah. Vaya, lo siento... Me pareció que quería matarme a mí. Lo siento por el pobre Otto. ¿Por qué decidió Luc que matásemos a Marie?

—No fue Luc, sino yo. ¿No lo entiendes, Melvin? Las cosas se han complicado demasiado, está interviniendo el Servicio Secreto francés... Pase lo que pase, se meterán con nosotros, nos complicará la vida. Así que yo decidí... que nos marchásemos juntos tú y yo. Llamé para decírtelo, pero cuando Otto me dijo que estabas en la cama con ella sentí unos celos horribles... ¡Y pensé que matándola nos desconectábamos del

S. D. E. C. E.,

y que tú y yo podíamos marcharnos de aquí!

—¿Y tu amado Luc? —susurró Melvin.

—Oh, él estuvo bien hasta que apareciste tú... ¡Prefiero estar contigo! Así que cuando Luc me envió al club, fui allá, abrí la caja, le quité todo el dinero, y te llamé. ¡Podemos damos la gran vida lejos de aquí, sin que nadie sepa más de nosotros! Mata a la

francesa, y vámonos. ¡Y pronto, antes de que Luc vuelva al club y se dé cuenta de que se lo he quitado todo!

Melvin Ramsey no se movió. Estaba mirando fijamente a «Coco» Bauer. De pronto, miró por encima de ésta, hacia un lado. Luego, volvió a mirar a la Bauer, la cual, despacio, se volvió. Palideció cuando vio de pie, junto a un extremo del sofá, a Luc Périer, pálido como un muerto, pero firme la mano con que empuñaba la pistola.

—Luc... —jadeó—.

Pe-pero...

—Maldita traidora —jadeó Périer.

Alzó más la pistola, y en el momento en que «Coco» Bauer abría la boca para gritar, apretó el gatillo. Sonó el apagado chasquido del disparo, la bala impactó fuertemente en el pecho de «Coco» Bauer, y ésta saltó hacia atrás emitiendo un alarido tremolante. Su cabeza choco contra el suelo, todo su cuerpo rebotó, giró, y quedó tendida de bruces.

Luc Périer estuvo unos segundos mirándola. Cuando Miró a Marie, y luego a Melvin, éstos le contemplaban inexpresivamente.

—Vámonos... —murmuró—. Marie y yo iremos a su remolque, Melvin. Tú ve a buscar a Turnar y Alberto, que están vigilando frente a «Villa Flavia», y diles que abandonen la vigilancia el tiempo necesario para venir aquí a... limpiar el apartamento, y que pasen luego por el club para recoger también el cadáver de Hans. Luego, que vuelvan a vigilar, y tú, que habrás ocupado su lugar, reúnete conmigo y con Marie en su remolque. ¿Entendido?

—Sí.

—Pues en marcha. Supongo que habrá muchas cosas que preparar antes de que Marie vaya a visitar mañana por la mañana a Stefan Orowitz.

CAPÍTULO VII

Stefan Orowitz, sentado tras la mesa de su despacho privado en «Villa Flavia», contemplaba sonriente a la señorita Bovet mientras ésta, visiblemente turbada, buscaba en su agenda de notas... Por fin, la preciosa rubia alzó la cabeza, y murmuró:

—Pues es... es cierto, señor Orowitz... Resulta que no fue usted quien... quien me dijo que volviera esta mañana. ¡No sabe cuánto siento haberle molestado!

—No se preocupe —amplió su sonrisa el impresionante Stefan Orowitz—... Es siempre un placer ver jovencitas tan preciosas como usted, señorita Bovet.

—Es usted muy amable. Pero como es tan temprano...

—¿Temprano? A las nueve y media de la mañana todas las personas honradas están ya en pie, dispuestas a trabajar. O casi todas. Es una hora muy... decente y adecuada, de veras.

—Bien... Le agradezco mucho su comprensión, y... Bueno, no quiero molestarle más, señor Orowitz.

—Ninguna molestia. Permítame acompañarla a la puerta... ¡Y no vuelva a decir que es molestia!

—Gracias —sonrió Marie, poniéndose en pie—... ¡Es una lástima que un caballero tan simpático como usted no tenga una buena colección de libros de Arte!

Se echaron a reír los dos. Stefan Orowitz rodeó la mesa, tomó cortésmente del brazo a Marie Bovet, y ambos salieron del despacho, apareciendo en el amplio vestíbulo. Marie intentó encaminar sus pasos hacia la puerta, pero la gran mano fuerte y dura de Orowitz apretó un poco más su brazo, y la obligó a caminar en otra dirección. Ella volvió la cabeza, con gesto sorprendido.

—Quiero enseñarle mi biblioteca —sonrió Orowitz—. Estoy seguro de que le interesará mucho, señorita Bovet.

—Bueno, el caso es que...

—Oh, vamos, yo he sido amable con usted. ¿No cree que merezco ser correspondido?

—Naturalmente —sonrió Marie.

Pero, mientras sonreía, en su cerebro estaba ya sonado la señal de alarma... Alarma que quedó justificada cuando, al entrar en la biblioteca, vio a los tres hombres que ocupaban dos sillones y una parte del sofá. Los tres se quedaron mirándola fijamente mientras Orowitz cerraba la puerta.

Cuando se volvió, señaló a los tres silenciosos sujetos.

—Usted ya los debió ver ayer, pero no conoce sus nombres, señorita Bovet. Son Jean, Douglas y Lazlo. Trabajan para mí. Igual que otro hombre, llamado Hugo Toniek, sobre cuya suerte me temo lo peor... Pero siéntese, por favor.

Señaló el sofá, junto al hombre que estaba sentado allí, Marie Bovet miró alrededor, vio los libros, los confortables muebles, la ventana cuyas cortinas estaban corridas...

—Bueno, señor Orowitz, tengo tanto trabajo esta mañana...

—Entiendo. En ese caso, iremos directos al asunto: ¿quién es «Padrone»?

Marie Bovet apretó un instante los labios. Luego, musitó:

—¿Padrone? No comprendo...

Stefan Orowitz se acercó a una mesita redonda sobre la cual había un teléfono de los que formaban la red interior de la villa. Señaló el aparato, sin mirarlo.

—Anoche, mis amigos y yo estábamos aquí, tomando unos tragos y cambiando impresiones, cuando sonó el teléfono. Por un momento, pensamos que sería Toniek, pero no; no era Toniek. Era una mujer. Dijo llamarse «Coco» Bauer... ¿La conoce usted?

—No... Me temo que no.

—Es extraño, porque ella sí la conoce a usted. Dijo que es una espía francesa, que esta mañana vendría a colocarme un micrófono en mi despacho, en el sillón donde se sentaría. También dijo que había hecho usted un trato con un tal Luc Périer, el cual ha sido contratado por «Padrone» para eliminarme a mí y a mi grupo. Añadió, siempre con voz muy clara y segura, que la base de operaciones de Périer es un lugar llamado «Nerón *Pub*», donde estaba el cadáver de Hugo Toniek, al que uña llamaba pelirroja había tendido una trampa... Bueno, señorita Bovet, ¿para qué

hablar más? Estoy seguro de que usted ya comprende que estoy al corriente de todo.

Marte Bovet sentía un denso frío en la espalda. La jugada de «Coco» Bauer sé le aparecía ahora con una nitidez escalofriante: no sólo había robado a Luc Périer para marcharse con Melvin Ramsey, sino que, para asegurarse de que Périer nunca podría alcanzarla, lo había delatado a Orowitz. Luego, ella había ido a por Ramsey, para marcharse juntos...

—¿No tiene nada que decir, señorita Bovet?

Marte parpadeó.

—Sí —asintió—. Me sorprende que sabiendo todo eso no haya ido usted al «Nerón Pub» a liquidar a Périer y sus hombres.

—Eso habría sido una necedad —rechazó Orowitz—. ¿Por qué demostrar que conocía su juego? Con ello, habría dado lugar a que el

S. D. E. C. E.,

que no debe andar muy lejos de usted, interviniera ya directamente, y no soy tan necio de pensar que puedo vencer a todo un servicio secreto. Lo mejor era hacerse el tonto... mientras preparaba mi propio plan.

—¿Qué plan?

Stefan Orowitz sonrió, pero con una frialdad que de nuevo llevó el frío a la espalda de Marte. Acto seguido, Orowitz descolgó el auricular del teléfono jumo al cual estaba, se volvió de espaldas a Marie, ocultando con su cuerpo el aparato, y comenzó a marcar un número. A los pocos segundos, al otro lado de la línea un timbre comenzó a sonar, llegando el sonido a los finos oídos de la espía francesa...

—¡Soy Stefan! —dijo éste—. ¿Está todo preparado?

—Muy bien, Nosotros estamos listos también. ¿Dónde recogemos las armas?

—Yate «Amore», en Lido di Ostia. Muy bien... Supongo que no hay inconveniente en que hagamos el viaje con el yate.

—Perfecto. Saldremos ahora mismo...

—¿...?

—Oh, no hay problema, *signore*. Aunque sea de día, podemos hacer el trabajo. De todos modos, si fuese necesario, esperaríamos a la noche. No se preocupe.

La mirada de Orowitz se desvió hacia Marie, como siguiendo el giro del cuello de aquél, que sonrió secamente.

—Ningún problema, signare. Tranquilo. Muy pronto leerá usted en los periódicos que las Brigadas Rojas han vuelto a entrar en acción. ¿Alguna instrucción complementaria?

—Pues hasta la vista, signare.

Orowitz colgó, y se volvió completamente hacia Marie, que le contemplaba fijamente.

—¿Las Brigadas Rojas? —murmuró la rubia—. ¿Usted pertenece a las Brigadas Rojas?

—¿Qué le sorprende de esto? —Alzó las cejas Orowitz.

—¿Qué se proponen? ¿Qué piensan hacer con esas armas?

Orowitz miró a Jean.

—Ve a ver si, en efecto, hay un micrófono en el sillón de frente a mi mesa, el de la derecha. Sólo mira, pero no toques. Y no hagas el menor ruido: esos aparatos son muy sensibles.

Jean se puso en pie, y salió del saloncito-biblioteca. Regresó un par de minutos más tarde, capto la mirada interrogante de su jefe, y asintió con un gesto. Orowitz, también asintió, y volvió a mirar a la silenciosa Marie Bovet.

—Lo malo de esto —murmuró—, es que no tengo por qué fiarme completamente de esa «Coco» Bailes. ¿Quién es?

—La amante de Luc Périer.

Stefan Orowitz frunció el ceño.

—¿La amante de Périer? ¿Y por qué lo ha delatado, entonces?

—Pregúnteselo a ella.

—Le estoy preguntando a usted, señorita Bovet.

—Era la amante de Luc Périer... pero se encaprichó de uno de los hombres de éste, así que dispuso escapar con él llevándose todo el dinero de Périer. Y luego, para asegurarse de que Périer no la seguiría para darle su merecido, lo delató a usted, para que lo eliminase.

Era la verdad, pero la explicación causó el efecto deseado por Marie Bovet. Era tan lógica, que Stefan Orowitz vaciló, como quien vislumbra la posibilidad de que todo sea un plan bien tramado para engañarlo.

—Bueno —dijo Orowitz de pronto, sonriendo secamente—, de todos modos, yo tengo preparado mi plan de acción, y dudo mucho

que el

S. D. E. C. E.

o Luc Périer puedan cortarme el paso. Me he pasado la noche cavilando, y creo haberlo solucionado todo a mi conveniencia. Lazlo, llama a los demás.

Se apartó del teléfono, cediéndolo al llamado Lazlo, que comenzó a girar el disco. Pero Marie se esforzó esta vez en no oír nada, en no fijarse en la «sinfonía»; para no mezclarla con la anterior. De todos modos, no habría podido prestarle toda su atención, porque mientras Lazlo hacía la llamada, Orowitz se dirigía a ella, explicando su inteligente plan:

—Dentro de unos minutos, unos cuantos muchachos a los que Lazlo está llamando, comenzarán a venir a «Villa Flavia». Para quienes nos estén vigilando, la cosa estará bien clara: estamos reuniendo a todo el personal para pasar ya a la acción. Por lo tanto, esperarán, permanecerán vigilando «Villa Flavia» y a todos los que vayan llegando.

—Pero estarán perdiendo el tiempo, ¿verdad? —musitó Marie.

—En efecto. «Villa Flavia» es una base ocasional de operaciones: cuando yo salga de aquí, nada importará ya esta villa, ni los hombres que habrán en ella. Si la Policía, o el servicio secreto francés o italiano los atacan, no conseguirán nada: sólo matar o capturar a unos cuantos desdichados que no saben nada de nada. Pero tardarán en decidirse a hacer nada, porque nadie se moverá de la villa. Sólo cuando la radio difunda la noticia de lo ocurrido comprenderán que han sido astutamente burlados. Para entonces, claro está, yo y mis hombres más fieles, estaremos lejos de aquí, y posiblemente, de Italia.

—Es un plan inteligente —admitió Marie—. Pero ¿cómo piensa salir de «Villa Flavia» sin ser visto, teniendo en cuenta que están estrechamente vigilados?

—Antes de que llegase usted, señorita Bovet, llegó a la villa una camioneta de un supermercado muy famoso de Roma, que pasó a la parte de atrás de la casa, para descargar vituallas ante la puerta de servicio. ¿Le sorprenderá a usted que en esa camioneta van dos de mis hombres especiales, con batas distintivas de ese supermercado, y que la camioneta ha sido... adquirida para esta operación?

—¿Se marcharán en la camioneta del supermercado?

—Nos marcharemos todos —sonrió Orowitz—. A menos que usted desdén un agradable paseo por mar y prefiera quedarse aquí como... como un hambre más de los que han traído mis hombres.

—Siempre me han gustado muchísimo los paseos por mar —dijo Marie, con leve sonrisa.

—¿Se da cuenta? ¡Sigo siendo amable con usted!

—Yo creo que no —negó ella—. Lo que ocurre es que usted prefiere tenerme cerca, por si algo le sale mal, negociar con mi vida.

—Es usted una muchacha inteligente. Bien, creo que no hay más que hablar: vamos a dejar con un palmo de narices a sus amigos del S. D. E. C. E.,

a ese Périer, y a quien sea... ¡Que se las arreglen como quieran o puedan con los hombres que van a venir! —Miró a Lazlo, que ya hacía rato que había terminado la conversación telefónica—. ¿Vienen ya, Lazlo?

—Empezarán a llegar dentro de cinco minutos.

—Perfecto. Vamos a la camioneta... Ah, una cosa, señorita Bovet: ¿va usted armada?

Las últimas esperanzas de Marie se esfumaron. Había cometido el inicial error de meter la pistola en la maleta con los libros, de modo que ya había perdido la oportunidad de intentar resolver la cuestión allí mismo: y su esperanza de poder abrir la maleta y sacar la pistola en un momento conveniente, saltó hecha trizas.

—No —negó—. No soy tan estúpida, señor Orowitz.

—Regístrala, Lazlo.

Jean y Douglas apuntaron con sus armas a Marie mientras Lazlo se acercaba a ella y procedía a cachearla. Y lo hizo a conciencia, con rapidez y eficacia, buscando entre los senos de Marie, y bajo la falda, incluso entre las ingles. Él no encontró nada, pero Orowitz, que había abierto la maleta, sí vio la pistola. Se limitó a guardársela, dirigiendo una mirada irónica a la rubia.

—Atadle las manos a la espalda. La señorita Bovet es encantadora, pero seguramente está capacitada para ocasionarnos alguna que otra molestia a pocas facilidades que le demos. Buscad una cuerda.

—¿Qué es lo que están tramando ustedes, en definitiva? —preguntó Marie.

Orowitz, la contempló especulativamente, pero acabó por asentir con un gesto.

—Vamos a liquidar a media docena de personas que hoy se han reunido, o están reuniéndose, en una villa cerca de la playa de Lido di Pini, a unos pocos kilómetros al Sur de Roma.

—¿Qué personas son éstas?

—Políticos —sonrió Orowitz—. La supongo a usted enterada de que el presidente italiano Giovanni Leone ha dimitido.

—Sí, naturalmente.

—Naturalmente. Pues bien, en una villa frente al mar, en Lido di Pini, unos cuantos hombres, los más significativos en la política italiana, están reunidos para decidir quién será aupado al puesto que ha estado ocupando el señor Leone. Como usted comprenderá, se trata de una maniobra clandestina de ese grupo de personajes políticos, que son los que siempre, ocurra lo que ocurra, tienen el poder en la sombra. Ellos van a decidir quién será su próximo hombre de paja, el próximo presidente de Italia. Sin embargo, nosotros, las Brigadas Rojas, hemos decidido que esto no suceda, así que nos cargaremos a todos esos políticos. Quizá sean seis, quizá ocho, quizá diez... No importa. Todos los que estén en esa villa, serán eliminados.

—Si ustedes hacen eso... van a ocasionar en Italia un caos político que puede traer muy malas consecuencias. Esos asesinatos ocasionarán un gran revuelo, una desestabilización general que daría lugar incluso a enfrentamientos armados entre los partidos políticos, la gente de la calle, las fuerzas armadas.

—Bueno —sonrió Orowitz—... Sabemos eso. Y hemos pensado que no será tan malo. Es como cuando una persona (y perdone la comparación) está estreñida y se toma una purga: de momento, todo se revuelve, la sensación es desagradable, pero finalmente, se produce... la limpieza dentro del cuerpo, lo que redundará en una mayor salud del mismo... ¿No está de acuerdo?

—No pueden hacer eso. ¡Sería un caos, morirían miles de personas...!

—Señorita Bovet, las Brigadas Rojas no calculamos las acciones por el número de muertos, sino por los resultados a obtener. Todos los políticos están corrompidos. ¿Lo sabía?

—Sí, pero...

—Se acabó el juego: vamos a eliminar la mierda que hay dentro del sistema político italiano. Y eso, lo conseguiremos cargándonos a los hombres que van a reunirse en Lido di Pini... ¿Está bien atada?

Jean, que se había encargado de ello, asintió. Orowitz comenzó a caminar hacia la puerta. Marie Bovet no se movió.

—Escuche, Orowitz, ya fue malo el asesinato que cometieron en la persona de Aldo Moro... ¿Por qué empeorar las cosas? Las muertes de esos políticos, corrompidos o no, ocasionarán tal caos en toda Italia que...

—No tengo necesidad de discutir con usted, señorita Bovet — Orowitz escuchó atentamente, se acercó a una ventana, y apartó un poco una cortina; luego se volvió, sonriendo—... Ahí llega el primer coche con algunos muchachos. Todo está en marcha. Así que larguémonos ya de aquí; vamos a la puerta de atrás, la camioneta del supermercado está esperando.

CAPÍTULO VIII

Dentro de uno de los coches, Luc Périer y Melvin Ramsey, que naturalmente habían visto la llegada de un coche con varios hombres en su interior, vieron también salir la camioneta con el nombre del supermercado escrito en grandes letras rojas en sus costados. En la cabina, iban dos hombres, con batas blancas.

—Ya se va la camioneta del supermercado —murmuró Périer.

Melvin Ramsey asintió, y volvió a dedicar toda su atención al receptor que tenía sobre las rodillas. Estaba seguro de que funcionaba bien, porque antes había oído la conversación entre Marie y Stefan Orowitz. Pero, había pasado ya mucho rato de esto, y no había vuelto a oír nada. Sabía que Orowitz se había ofrecido a acompañar a Marie a la puerta, pero Marie no había salido... Habían llegado más hombres, pero la preciosa rubia seguía allá dentro.

¿O no?

La negra mirada de Melvin Ramsey se desvió hacia la camioneta del supermercado cuando pasó cerca del coche que ocupaban él y Luc Périer. Volvió a mirar hacia la villa, miró de nuevo la camioneta...

De pronto, se volvió hacia Périer, que estaba sentado a su derecha, y le puso en las manos el receptor.

—Ve al coche de Alberto y Turnar con esto, y sigue a la escucha —musitó—. Yo volveré pronto.

—¿Qué dices? —se sorprendió Périer.

—Que necesito el coche, y no podemos marcharnos los dos, pues el micrófono tiene un límite de alcance. Sigue escuchando desde el otro coche.

—Pero... ¿qué ocurre?

—La camioneta —la señaló Melvin—... No me gusta.

Luc Périer parpadeó. Pero era un hombre inteligente, un exespía,

así que comprendió en el acto a Ramsey, entró súbitamente en su onda mental.

—Maldita sea —jadeó—. ... ¡La madre que los parió!

—Veré dónde van —asintió Melvin.

Périer se apeó rápidamente, y Ramsey puso el coche en marcha, partiendo en pos de la camioneta.

De nuevo quedó claro que nadie tenía nada que enseñarle a Ramsey en cuanto a conducir por Roma. Lo hizo con seguridad, manteniendo una distancia adecuada. En ningún momento perdió de vista la característica camioneta de rojas letras en los costados. A veces se le escapaba en un semáforo, pero la alcanzaba en el siguiente... No fue problema alguno para el británico seguirla hasta que salieron de Roma, por Viale Trastevere.

—O van al aeropuerto, o vari a Lido di Ostia —reflexionó—. Lo seguro es que no van al supermercado.

Esto era ya incuestionable, de modo que Melvin Ramsey ni pensó en la posibilidad de regresar a Villa Borghese para advertir a Luc Périer. Lo único que no estaba dispuesto a hacer en aquel momento era perder de vista la camioneta.

Y no la perdió. Enfilaron enseguida la autopista hacia Lido di Ostia, y aquí, Melvin Ramsey mantuvo más holgadamente la distancia. Tan holgadamente que al llegar a Lido di Ostia había perdido de vista la camioneta. Pero la encontró muy pronto, rodando hacia el embarcadero de yates. Cuando vio que se detenía, frenó, y se quedó mirándola. Tras él, otros vehículos pidieron paso. Refunfuñando, Melvin colocó el coche en estacionamiento prohibido, pero que no molestaba a la circulación. Apagó el motor, y se quedó mirando hacia la camioneta, que estaba a unos setenta metros, muy cerca del embarcadero.

Las puertas de atrás se abrieron, y cuatro hombres y una mujer saltaron al suelo. Melvin Ramsey palideció.

—Lo sabía... ¡Lo sabía!

Estuvo tentado de salir del coche y echar a correr hacia el grupo, pero supo que lo primero que ocasionaría su ataque sería la muerte de ella... Apretados los labios, Melvin Ramsey permaneció inmóvil, fija su mirada en la rubia cabellera... que se iba desplazando. Llegó al borde del embarcadero, y enfiló la pasarela de uno de los yates. Mientras tanto, la camioneta se había alejado, y estaba siendo

estacionada correctamente en la avenida. Los dos hombres saltaron de su interior, ya sin las batas blancas con las letras rojas, y se encaminaron hacia el yate que había abordado Marie Bovet, por supuesto prisionera de Stefan Orowitz y sus hombres, a los que había identificado perfectamente.

Melvin Ramsey se apeó, y caminó hacia el yate. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, pudo ver su nombre: «Amore». ¡Amor...! No era un nombre que encajase con sus ocupantes, desde luego. Excepto con uno de ellos...

Los dos hombres de la camioneta llegaron al yate, y lo abordaron rápidamente. Enseguida, apareció un tripulante, que recogió la escalerilla. Y apenas estaba esta recogida, el yate comenzó a moverse.

Melvin Ramsey palideció de nuevo, y sus pies quedaron como clavados al suelo. Por un instante, pensó de nuevo en echar a correr hacia el yate, pero esto no era ya sólo peligroso para ella, sino incluso absurdo, en aquel momento. Así que lo que hizo Melvin Ramsey fue regresar a toda prisa al coche, volvió a sentarse ante el volante, se quitó un zapato, y desplazó el tacón, sacando el pequeño receptor-emisor, cuya antena alzó en el acto.

—¿Hay contacto? —musitó.

—Sí. Avanti.

—Enrico, escúchame con toda atención...

La atención de todos estaba pendiente de las últimas explicaciones de Stefan Orowitz... especialmente la de Marie Bovet, que yacía sentada en el diván corrido bajo el ventanal que daba a cubierta. Por ese ventanal, bajo el que había pasado todo el día atada de pies y manos.

Marie había visto la llegada de la noche. Hacía ya horas que no navegaban; el yate estaba anclado, pero no sabía dónde... salvo que tenía que ser en un sitio muy cerca de Lado di Pini.

Joan, Lazlo, Douglas, y los dos falsos empleados del supermercado, observaban el mapa dibujado a mano que Orowitz tenía extendido sobre la mesita, sujeto en los extremos por el peso de vasos, ceniceros y una botella.

—Estamos aquí —señaló—... Dentro de unos minutos, pasaremos a la lancha pequeña, y navegaremos hacia la playa. Desembarcaremos a unos doscientos metros de la villa, dónde están

reunidos los políticos, y cada uno se hará cargo de su dotación de armamento y munición. Mucho cuidado con los dos morteros, Sergio y Dieter —miró a los dos falsos empleados del supermercado —... No podemos fallar ni un solo disparo: aunque tenemos granadas suficientes para machacar hasta reducirla a polvo toda la villa, debemos acertarla con los primeros disparos. Y en el centro. ¿De acuerdo?

—La acertaremos —aseguró Dieter, fríamente.

—Así lo espero. Bien, aquí está trazada la riña que seguiremos a pie cada uno de nosotros en cuanto desembarquemos, para reunimos finalmente en esta parte —señaló el mapa—... Inmediatamente, emplazaremos los dos morteros, y efectuaremos las mediciones. En cuanto comencemos a disparar, ya no debemos detenernos, pase lo que pase, hasta asegurarnos de que la villa queda convertida en polvo. Dieter y Sergio dispararán; Lazlo y yo iremos cargando los morteros; Joan y Douglas, con las metralletas preparadas, protegerán la acción: cualquier persona que se acerque a nosotros debe ser acribillada inmediatamente. Nada de consideraciones, nada de preguntas, nada de vacilaciones. Se acerque quién se acerque, si es que eso ocurre, debe ser eliminado en el acto. ¿Alguna duda?

—Claro que no —negó Sergio.

—Bien. Voy a ver si la lancha está preparada. Mirec bajará a vigilar a la francesa mientras nosotros estamos fuera, y el capitán y el otro estarán en cubierta, para poner los motores en marcha cuando nos vean regresar con la lancha. Nos alejaremos con el yate mar adentro, lo hundiremos, y con la lancha iremos todos hacia el Sur, para desembarcar en el lugar convenido antes del amanecer. Esto es todo.

Orowitz subió a cubierta, y los demás se quedaron cambiando impresiones y comentarios sobre el mapa y los cometidos respectivos. Parecía como si Mario Bovet ni siquiera estuviese allí...

Pocos minutos más tarde, un hombre bajó, y todos lo miraron.

—¿Qué, Mirec? —preguntó Jean.

—Ya podéis subir, él os está esperando. Yo me quedo con la chica.

Nadie dijo nada más. Simplemente, subieron a cubierta. El llamado Mirec debía tener instrucciones muy claras sobre Marie

Bovet, porque ni siquiera intentó acercarse a ella. Se sentó en un taburete, a cierta distancia, y se quedó observándola. Se oyó el motor de una lancha, de pronto; se fue alejando, alejando, alejando...

—¿Estamos muy lejos de la costa? —pregunto Marie.

Mirec encogió los hombros.

—A la distancia conveniente —contestó.

Estuvieron callados unos minutos. Por fin. Marie musitó:

—Los de las Brigadas Rojas sois muy raros, Mirec.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Bueno —sonrió Marie—, no creo ser precisamente un monstruo, ¿verdad? Sin embargo, no me habéis hecho el menor caso durante todo el día. Os lo habéis pasado revisando armas, discutiendo el plan, y cosas así... ¿No se os ha ocurrido violarme?

Una expresión irónica apareció en el rostro de Mirec.

—Nosotros hacemos cada cosa a su tiempo —aseguró—. Espera a que ellos regresen y nos alejemos de aquí... Ya hemos convenido que te vamos a violar todos, antes de cortarte el cuello. Lo vas a pasar divertido, puedes estar segura. Pero, a su debido tiempo.

—Entiendo... Pero ¿no te gustaría... tomar la iniciativa? Quiero decir que no tendrías por qué esperar a que te tocara... el turno. Lo pasaríamos muy bien los dos solos.

Mirec se quedó mirándola con suma atención, como reflexionando sobre la oferta. Por fin, preguntó:

—¿Serías... especialmente amable conmigo? —preguntó.

—Oh, sí... ¡Te complacería en todo cuanto me pidieras!

—¿Absolutamente en todo?

—¡En todo!

Mirec se echó a reír, de pronto.

—¡Cretina idiota...! —exclamó, sin dejar de reír—. ¿Crees que soy tan bobo como para...?

Sucedió una cosa extraña.

De pronto, la cabeza de Mirec pareció saltar. Pero no saltó, se quedó sobre los hombros tras la tremenda sacudida ocasionada por la bala que le acertó en la frente, y que acabó por derribarlo del taburete, todavía moviéndose su cabeza. La de Marie se movió hacia el final de la escalerilla que comunicaba el salón del yate con la cubierta. Y allí, acucillado en uno de los últimos escalones,

pistola en mano, vio a Melvin Ramsey, que desvió la mirada del cadáver de Mirec para fijarla en ella.

—¿Estás bien? —murmuró.

Marie se relajó, se pasó la lengua por los labios, y eso fue todo. Melvin Ramsey llevaba por toda indumentaria unos «Wong» de color crema, y su cuerpo chorreaba agua. En la mano izquierda sostenía todavía la bolsa impermeable, en la que metió la pistola con silenciador. Se acercó a Marie, la desató, y la ayudó a ponerse en pie.

—¿Podrás caminar?

—No sé... Supongo que sí...

—Te ayudaré a llegar a cubierta. Espero que sí puedas nadar.

—Podré. ¡Orowitz y el resto de sus hombres...!

—Tranquilízate. Está todo previsto: Enrico y unos cuantos muchachos los están esperando. No hay cuidado, por ese lado. Hemos tenido localizado el yate prácticamente todo el día... Los alcanzamos con una lancha, y cuando vimos que anclaban aquí, hemos tomado todas las medidas. Tengo por aquí tanto personal que podríamos controlar diez yates como éste. No pasará nada. Por cierto: ¿qué iba a pasar?

—Son de las Brigadas Rojas. Cerca de aquí, en una villa, hay un grupo de políticos italianos que Marie Bovet explicó rápidamente lo que había sabido, mientras Melvin Ramsey la ayudaba a subir hacía cubierta. Allí, tendidos cara a la estrellada noche, Marie vio a dos hombres. En aquel momento, comenzaron a oír los estampidos de los disparos, muy lejanos. Tan lejanos, tan inciertos, que bien podía tratarse de una ilusión auditiva. Pero no... No. Algunos disparos sonaron más fuertemente. El tiroteo creció rápidamente, se mantuvo intenso quince o veinte segundos, y luego decreció. Finalmente, no se oyó nada.

Melvin Ramsey metió la mano en la bolsa impermeable, y sacó su receptor-transmisor.

—¿Enrico?

—Han caído todos. ¡Qué estúpidos...! Les advertimos que habían caído en una emboscada, y comenzaron a disparar...

—¿Tenemos nosotros alguna baja?

—Ninguna. Ha sido como tirar al blanco.

—Ellos se lo buscaron. Ya sabéis lo que tenéis que hacer ahora.

—Seguro. ¿La signoritta... está bien?

—Está perfectamente, gracias, Enrico. Hasta luego.

—¡Arrivederci!

Melvin Ramsey cortó la comunicación, metió la radio en la bolsa, y miró a Marie, que le contemplaba sonriente.

—No hará falta que nademos. Podemos volver a Lido di Ostia con el yate, y regresar a Roma con el coche... Espero que podamos convencer a «Padrone» de que este asunto debe... terminar de verdad. Nos está esperando.

—¿«Padrone» nos está esperando? —se sorprendió Marie.

—Y Périer y los demás. Mientras vigilábamos el yate, llamé desde Lido di Pini a «Padrone» al número que tú descubriste escuchando el girar del disco. Le dije cómo estaban las cosas, le sugerí que retirase de «Villa Flavia» a Périer y a los otros, y él aceptó. Yo diría que conviene una aclaración definitiva, ¿no te parece?

—Tengo otro número de teléfono —murmuró Marie.

—¿Otro? ¿De quién?

—De la persona que ha estado dando instrucciones y facilitando armas a Orowitz. Él lo llamó en mi presencia; se volvió de espaldas ocultando el teléfono, pero oí perfectamente la llamada. Si conseguimos un teléfono, encontraré ese número en unos minutos.

Melvin Ramsey meditó unos segundos, antes de sugerir:

—¿Te parece que, ante todo, vayamos a reunirnos con «Padrone» y los demás? Tengo mucha curiosidad por saber cómo sabía «Padrone» que las Brigadas Rojas estaban planeando ese asesinato múltiple en Lido di Pini... y por qué no denunció ese conocimiento al

S. I. D.

—Sí... Es extraño, ¿verdad? Un hombre que sabe que la acción de las Brigadas Rojas puede ocasionar un caos total en Italia, y en lugar de avisar a la Policía, o al

S. I. D.,

o incluso al Ejército... ¡qué sé yo! se limita a contratar un grupo de aventureros para que liquide ese grupo de Brigadas Rojas... pero sin decirle lo que se proponían ni, mucho menos, que se trataba nada menos que de las Brigadas Rojas.

—Quizá «Padrone» temía que si sabíamos esto, nadie aceptase

trabajar en el asunto. Las Brigadas Rojas no son cosa de broma, desde luego...

Mientras hablaban, había accedido a la cabina de mandos, y Melvin había recogido el ancla. Acto seguido, puso en marcha el vate, poniendo rumbo Norte, hacia Lido di Ostia.

—¿Dónde nos espera «Padrone»? —preguntó Mario.

—En el apartamento de Via Panisperna. Toma los mandos; como pensaba regresar nadando a la playa, dejé mi ropa allí, así que voy a ver si encuentro algo que ponerme ahí abajo.

Ramsey se dispuso a abandonar la cabina, pero Mario Bovet le sujeto, le obligó a volverse, se colgó de su cuello, y lo besó en los labios. Los brazos de Ramsey rodearon la cintura femenina, las manos apretaron la carne, atrajeron el turgente cuerpo contra el suyo...

Cuando el beso terminó, Marie emitió una risita.

—Te pones en marcha fácilmente, mi amor —dijo.

—Lo mismo que tú —gruñó Melvin—. Y no olvides que fuiste tú quien lo inició. Me refiero no sólo a este momento, sino en el apartamento... ya sabes.

—Sí, ya sé —suspiró ella—... Pero lo que yo quería era simplemente atraerle al dormitorio para que Otto no pudiera oírnos, a fin de sincerarnos.

—Ya nos sinceramos, ¿no? —sonrió ceñudamente Melvin, acariciándola.

—Quiero decir, sobre nosotros mismos.

—Eso es lo que hicimos —sonrió ya ampliamente Melvin.

—¡Oh, no seas... sátiro! Yo quería estar segura de que podía confiar en ti. Estaba convencida de que no eres lo que pareces. Y acerté. Lo que me sorprende es que Luc Périer, que a fin de cuentas ha sido del

S. D. E. C. E.

no supiera... catalogarte debidamente.

—Está comprobado que las mujeres son más astutas... y más hermosas. Bueno, ¿qué hago? ¿Voy a vestirme o pongo el piloto automático y...?

—Yo creo —susurró Marie, acercando de nuevo su boca a la de Melvin Ramsey— que tenemos tiempo para hacer las dos cosas... pero a la inversa.

Se besaron de nuevo, más larga y profundamente, mientras el piloto automático del yate cumplía su cometido.

Para eso las ciencias adelantan que es una barbaridad.

CAPÍTULO IX

El teléfono del apartamento sonó de pronto, y los cuatro hombres reunidos en el saloncito lo miraron vivamente. Acto seguido, se miraron Luc Périer y «Padrone», y éste le hizo un gesto a aquél, que se puso en pie y atendió la llamada.

—¿Sí?

—¿...?

—¡Sí! ¿Cómo ha ido eso?

—...

Périer lanzó una exclamación, y se volvió hacia «Padrone», tendiéndole el auricular.

—Es Ramsey, desde Lido di Ostia: quiere hablar con usted.

«Padrone» se hizo cargo de la llamada.

—¿Ramsey?

—...

—Sí, sí... Todo bien. ¿Qué ha pasado?

—...

—Bien... Sí, quizá sea mejor que no hablemos de eso por teléfono. Pero entonces, ¿por qué ha llamado?

—...

—Ah. No se preocupe, por aquí todo está bien, pueden venir. Dígame sólo una cosa: ¿lo han podido evitar?

—...

—Espléndido —se iluminó el rostro viril y atractivo del joven «Padrone»—... ¡Espléndido! Ya me dirá los detalles. Hasta ahora.

Colgó, y quedó pensativo.

—¿Qué dice Ramsey? —se interesó Luc Périer.

—Todo ha ido bien. No ha querido hablar de los de miles por teléfono, pero ha conseguido nuestro objetivo.

—Demonios —farfulló Turnar—. ¿Él sólo ha conseguido...?

—Lo importante es que lo ha conseguido —cortó «Padrone»—.

Lo demás, ya lo sabremos.

—Si vienen por la autopista, estarán aquí en media hora, o poco más, a estas horas.

«Padrone» asintió. Continuaba pensativo. De pronto, descolgó de nuevo el auricular, se volvió de espaldas a sus hombres, y marco un número. Tuvo que esperar casi diez segundos antes de que atendiesen la llamada al otro lado.

—¿...?

—Soy yo —murmuró—... ¿Puedo hablar?

—...

—Lo hemos conseguido. Estoy en el apartamento de Via Panisperna, con Périer y los otros dos supervivientes, espetando al británico.

—¿...?

—No conozco los detalles, pero sé que está conseguido: Stefan Orowitz no ha podido llevar a cabo el plan.

—...

—Sí, sí...

—...

—Sí... Sí, de acuerdo. De acuerdo. No, ningún problema.

Colgó, y de nuevo quedó pensativo. Luc Périer y sus hombres cambiaron unas miradas. Por fin, Périer gruñó:

—Bueno, ¿qué pasa ahora?

—Voy al retrete —dijo «Padrone», por toda respuesta.

Abandonó el saloncito, y recorrió el pasillo. Llegó al cuarto de baño... pero no se dedicó a nada de lo que habitualmente se hace en dicho lugar. Lo que hizo fue sacar la pistola de la funda axilar, y un silenciador de un bolsillo. Colocó el silenciador en la boca del arma, empuñó ésta con la mano derecha, y, con la izquierda, pulsó el botón de la cisterna del inodoro. Luego, abrió la puerta del cuarto de baño, y se asomó al pasillo. No había nadie allí; Périer, Alberto y Turnar continuaban en el saloncito.

Se deslizó silenciosamente por el pasillo, Y segundos después se asomaba rápida y cautelosamente para echar un vistazo. Alberto y Turnar estaban sentados en el sofá, de espaldas a él. Périer estaba apoyado en el brazo de un sillón, encendiendo un cigarrillo... Al apagar el encendedor, por entre la nubecilla de humo, Périer lo vio. Vio a «Padrone» en el umbral, apuntándole con la pistola,

endurecidas las facciones, como congelados sus hermosos ojos inteligentes... El cigarrillo escapó de los labios de Luc Périer, su rostro se desencajó.

—¿Que...? —empezó.

Plop.

El impacto alcanzó a Luc Périer en pleno pecho, derribándolo violentamente de espaldas, haciéndolo rodar por el suelo... y eso fue todo.

Mientras tanto, Turnar y Alberto se ponían en pie velozmente, y se volvían, desconcertados...

Plop.

Plop, plop, plop.

El segundo disparo alcanzo a Turnar en el ojo derecho, y lo mató instantáneamente, derribándolo salpicando sangre a todos lados. Los otros tres fueron alcanzando a Alberto mientras éste, gritando, intentaba sacar su pistola. En realidad, ni siquiera llegó a gritar: fue apenas como un maullido, porque ya la primera bala, al acertarle en el centro del pecho, le quitó todo vigor físico; pero, como su mano seguía moviéndose hacia la axila, «Padrone» disparó otras dos veces, en rápida sucesión.

Las cosas hay que hacerlas bien.

O no hacerlas.

Sólo que, en cuanto a hacer las cosas bien, había quien ganaba, y con mucho, al joven y apuesto «Padrone». Y éste lo comprendió demasiado tarde. Lo comprendió cuando, tras guardar la pistola, se inclinó sobre Luc Périer para arrastrarlo hacia detrás del sofá...

—Es inútil —ovó la voz en la puerta del saloncito—: ya lo he visto muerto...

«Padrone» lanzó un grito mal contenido, y se irguió, moviendo la mano hacia donde acababa de guardar la pistola. Pero, frente a él, en el umbral, Marie Bovet extendió su brazo derecho, en cuya mano, una pistola, también con silenciador, apuntó a «Padrone» con una firmeza escalofriante. Marie Bovet no dijo nada. Se limitó a apuntar a «Padrone», fijos sus ojos en él... Y «Padrone» detuvo su mano, y luego la dejó caer.

—Ponga las manos sobre la cabeza —ordenó Marie.

«Padrone» obedeció.

—Usted... ustedes acaban de llamar desde Lido di Ostia...

—No —negó la hermosa rubia—... Melvin ha llamado desde una cabina cercana a este apartamento. Y mientras ustedes hablaban, yo he podido abrir la puerta sin que oyeran nada. Luego, me he escondido en el vestíbulo, dispuesta a esperar.

—A esperar... ¿qué?

—A Melvin. Y mientras tanto, a saber qué pretendía usted al reunirnos a todos aquí.

—¿Quiere decir que han sospechado de mí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque Melvin Ramsey y yo llevamos muchos años en esto, y hemos aprendido a detectar el olor a podrido. ¿Por qué tenía que reunirnos aquí a todos? Para nosotros, eso no olía bien. Por eso, Melvin decidió llamar desde aquí mismo, decirle que estábamos todavía en Lido di Ostia, y enviarme a mí por delante a ver de qué iba realmente el asunto.

—¿Él también es un espía, entonces?

Marie Bovet sonrió secamente.

—Las aclaraciones, se las haremos a gente importante, «Padrone». He escuchado el girar del disco cuando usted ha, llamado a su «Padrone», así que podré localizar ese teléfono fácilmente, como hice con el de usted. Pero quizá sea tan amable de ahorrarnos molestias a Melvin y a mí. ¿A quién ha llamado y dónde podemos encontrarlo?

«Padrone» no contestó. Se pasó la lengua por los labios, y eso fue todo. Marie Bovet entornó los párpados.

—No sea estúpido —dijo secamente—... Sabemos ahora que usted es sólo un asesino profesional, muy bien pagado, que ha aceptado servir de títere a alguien importante. ¿De quién se trata? ¿Cuál es la definitiva verdad de todo esto?

—¿Qué harán conmigo si contesto a sus preguntas?

—Podemos tratar sobre el asunto. Depende de lo que... ¡No lo haga, no sea...!

«Padrone» había creído realmente que con la conversación distraía a Marie Bovet, pero no lo consiguió ni siquiera con la intención. Cuando apenas había comenzado a mover la mano derecha, ella ya sabía lo que pretendía hacer; sólo tenía que mirarle a los ojos para saberlo... Y mirando esos ojos, Marie Bovet supo que

«Padrone» no se iba a detener... por sí mismo, que sólo había un modo de detenerlo.

Plop.

«Padrone» se estremeció, se llevó ambas manos al pecho, pareció que fuese a ponerse sobre las puntas de los pies, y cayó de rodillas. Sus huesos crujieron fuertemente, rebotó, y cayó de lado. Y en esta postura, insistió en sacar la pistola.

Plop.

Un fuerte estertor brotó de la boca de «Padrone» cuando la segunda bala disparada por la divina espía se clavó en el centro de su frente. La cabeza golpeó contra el suelo, las piernas se alzaron en fuerte sacudida... y cayeron con tal fuerza que uno de los zapatos saltó del pie. «Padrone», el joven «Padrone», acababa de perder un zapato... y la vida.

Cuando Melvin Ramsey entró en el apartamento, Marie Bovet estaba ya marcando números, en busca del que correspondía al teléfono del gran «Padrone».

CAPÍTULO X

—No sé si saben ustedes —dijo el hombre—, que son las tres menos cuarto de la madrugada.

Marie y Melvin lo contemplaban con gran atención. Estaban todavía impresionados y un tanto desconcertados. ¿Se habrían equivocado? El teléfono cuya ubicación habían conseguido estaba a nombre de Ettore Trementi, que vivía en un lujoso palacete de Corso d'Italia, con criados, garaje, jardín... Todavía más: Ettore Trementi era uno de los políticos más importantes de Italia.

O lo había sido. En la actualidad, Ettore Trementi parecía un pobre anciano incapaz de valerse por sí mismo, o poco menos. Había sido despertado por un criado que se había visto obligado a ello por la rudeza de Melvin Ramsey, y ahora, sentado en un sillón de ruedas, en pijama y bata, con una manta sobre las rodillas, contemplaba a los visitantes que finalmente había aceptado recibir en el salón de su palacete.

Ettore Trementi era la imagen de la senectud, de la derrota física, de la desgana por la vida. Y sin embargo, a su nombre estaba el teléfono cuyo número Marie Bovet había completado pacientemente, y que luego había sido localizado... por personal auxiliar.

—¿Y bien? —insistió el anciano, con voz agria—. Espero que realmente me digan algo que justifique su invasión de mi casa y obligarme a salir de la cama a las tres de la madrugada.

—¿Es usted Ettore Trementi? —murmuró Melvin.

—Naturalmente.

Marie y Melvin cambiaron una mirada. Luego, Melvin se acercó al anciano, y le tendió una billetera.

—¿Qué es esto? —Gruñó Trementi.

—Una billetera. Pertenece a un hombre llamado Luigi Servóla, que se hacía llamar «Padrone»... ¿Lo conocía usted?

Ettore Trementi, que había palidecido intensamente, negó con la cabeza; su voz pareció como el sonido de una caña seca al romperse.

—No... No conocía a nadie... llamado así...

—Está usted mintiendo —murmuró Marie.

El anciano la miró. Luego, miró a Ramsey.

—¿Quiénes son ustedes? —Tembló su voz.

Marie y Melvin cambiaron una mirada. Ambos asintieron y Melvin Ramsey contestó a la pregunta:

—Ella es Marie Bovet, una agente del

S. D. E. C. E.

que se ha metido en esto rastreando las actividades de Luc Périer, que inquietaban a los franceses, pues ya los ha metido en algún que otro lío. Yo soy Paolo Zanatta, agente del

S. I. D.

italiano, aunque para este trabajo tomé el nombre y la personalidad de un aventurero británico de nombre Melvin Ramsey.

—Del

S. I. D...

—jadeó Ettore Trementi.

—Así es, señor. Supimos que Luc Périer andaba reclutando gente de cuidado, y nos interesó el asunto, así que fui designado para meter las narices en él. Fue de este modo que Marie Bovet y yo entramos en... relación. Y ambos, cada uno trabajando para su servicio, nos hemos encontrado hundidos en mierda hasta el cuello. Ahora, los dos queremos saber la verdad.

—Me están mintiendo... No son lo que dicen. ¡Y voy a llamar a la Policía!

Melvin Ramsey, es decir, Paolo Zanatta, frunció el ceño. Luego, fue adonde estaba el teléfono, lo cogió, y lo llevó hacia Trementi, dejándolo sobre sus rodillas.

—Llame —dijo—... ¡Vamos, llame a la Policía! O mejor aún, ya que piensa que estoy usurpando la personalidad de un agente del

S. I. D.,

llame a este servicio. Estarán encantados de echarme el guante, ¿no le parece?

Ettore Trementi aspiró hondo. Estaba cada vez más pálido. Paolo Zanatta comprendió que el anciano no iba a utilizar el teléfono, y le

evitó la molestia de sostenerlo sobre las rodillas, volviendo a colocarlo en su sitio.

—Mire, señor Trementi, el juego ha terminado... Y nosotros queremos saber, precisamente, a qué hemos estado jugando.

—¿Y por qué tengo que decírselo?

—Porque han muerto muchas personas en esto, porque usted contrató a un asesino de primera categoría para que a su vez contratase un grupo al que, una vez hubiese cumplido su parte, debía eliminar, Y su parte era impedir que un comando de las Brigadas Rojas asesinasen a un grupo de políticos que esta noche se reunían en una villa de Lido di Pini... Todos los hechos se han ido explicando por sí mismo durante la acción, así que no le preguntaremos sobre eso, señor Trementi, nosotros dos todavía no hemos comprendido el alcance de su jugada, y eso es lo que hemos venido a preguntarle. Díganos: ¿por qué si conocía usted la existencia de ése comando de las Brigadas Rojas, y lo que estaban tramando, no informó al

S. I. D.,

o a la Policía? ¿Por qué recurrió a un asesino profesional que debía eliminar luego al grupo encargado de eliminar al comando de las Brigadas Rojas?

Ettore Trementi permaneció en silencio, y Marie Bovet musitó:

—Me parece que no quiere decírnoslo, mi amor.

Ramsey se acercó más al anciano.

—¿Por qué? —insistió—. Usted es un político muy conocido en Italia, señor Trementi. Ya no tiene futuro, debido a su edad, pero ha sido siempre un hombre íntegro, útil a Italia, También lo ha sido esta vez, al poner en marcha este extraño mecanismo que ha dado lugar al exterminio de un comando de las Brigadas Rojas que querían asesinar a los mejores políticos del país... Pero no comprendemos su actitud. Si sabía eso, ¿por qué no avisar al

S. I. D.?

¿Por qué recurrir a un asesino como «Padrone», que debía matar luego a todos? ¿Por qué?

—No lo diré aunque me maten —tembló la voz del anciano.

—Nadie habla de matarle, *signore* —dijo Marie Bovet—. Sólo queremos conocer sus motivos.

—Yo sé los diré —sonó una voz, en la puerta del salón.

Los dos espías se volvieron vivamente. El propietario de la voz se había acercado tan sigilosamente que no lo habían oído... Puro estaba allí... apuntándoles con una automática. Ettore Trementi dejó caer la cabeza sobre el pecho, abrumado. Melvin y Marie se miraron, miraron al recién llegado, que estaba en pijama, y tras mirar al anciano nuevamente, Marie susurró:

—¿Este caballero es su hijo, signare?

Trementi no contestó, pero no hacía falta. El parecido entre el anciano de más de ochenta años y el hombre de algo más de cuarenta era evidente. Pero, además, Melvin se encargó de contestar a Marie.

—Sí, es su hijo. Se llama Leonardo, y es un político que aunque ha querido volar tan alto como su padre, jamás lo ha conseguido.

—¿Sabe una cosa? —dijo Leonardo Trementi, caminando hacia el centro del salón—. Estaba a punto de conseguir algo muy positivo, pero ustedes lo han echado a perder... a juzgar por lo que he oído.

—No han sido ellos —alzó la cabeza el anciano, para mirar fijamente a su hijo—. He sido yo, Leonardo.

—Si —lo miró brevemente su hijo—. Así lo he comprendido, padre. ¿Cómo te enteraste de todo?

—Todavía tengo oídos que escuchan para mí —dijo el anciano—. Y cuando supe lo que tú y otros estabais preparando, quise evitarlo.

—No debiste intervenir.

—Estáis locos... ¿Cómo no había de intervenir? Lo que no podía hacer era denunciar al grupo de locos que queríais eliminar a los políticos que iban a reunirse en Lido di Pini... No podía hacer esto, porque tu cabeza habría rodado con las de los demás. Pero tampoco podía permitir que tú y otros como tú, por ambiciones personales, nos privaseis a todos los italianos de nuestros mejores hombres, que fueron a Lido di Pini precisamente a buscar soluciones rápidas y prudentes a raíz de la dimisión de Leone... ¿Qué queríais? ¿Matarlos a todos, para distribuiros luego todos los altos cargos?

—¡Exactamente! —Palideció Leonardo Trementi—. ¡Y tú lo has desbaratado todo! ¡Maldito seas!

—Lo hice por ti. Os habrían descubierto... La Policía, y el S. I. D.,

habrían descubierto que Stefan Orowitz y sus hombres jamás habían pertenecido a las Brigadas Rojas, como vosotros queríais que todo el mundo creyese. Habrían buscado bien esta vez... y os habrían encontrado. ¡Y yo no quería ni la pena ni la vergüenza de que mi hijo fuese acusado de traición a la patria!

—¡Traición! —bramó Leonardo Trementi—. ¡Era el poder para mi grupo! ¡Y tú lo has estropeado todo! ¿Por qué no habían de creer que el asesinato múltiple de Lido di Pini era obra de las Brigadas Rojas? ¡Lo habrían creído, todos esos... cabrones que se reunían estarían ya muertos... y yo estaría camino de un altísimo cargo en el gobierno, con todos los de mi grupo! ¡Toda Italia para nosotros, nadie podría oponerse a nada, seríamos los amos...! ¡Maldito seas!

—Está muy feo hablarle así a un padre, señor —dijo sosegadamente Marie Bovet—. Tenga en cuenta que él lo ha hecho todo para protegerlo a usted. No quería que nadie muriese, más que Orowitz y su falso comando de Brigadas Rojas, y al mismo tiempo le protegía a usted. ¿Qué puede reprocharle a su padre?

—¡Usted cállese!

Marie Bovet movió la cabeza con gesto de disgusto.

—Además de canalla, es usted maleducado. ¿No se ha dado cuenta de que está hablando con una dama? Pero, en fin, no alarguemos la conversación. Vamos a darle un pequeño disgusto, señor Trementi, no estamos solos en esto Paolo y yo. Sus compañeros del

S. I. D.,

que nos han ayudado a encontrar la ubicación del teléfono de ustedes, así como unos cuantos amigos míos, están esperando afuera... Para usted y su grupo, todo está perdido. ¿Sabe lo mejor que podría hacer, señor Trementi?: confesarlo todo, delatar a su grupo de traidores, y mirar de salir lo mejor librado posible. Y si, por ejemplo, está pensando en pegarse un tiro para no darnos los nombres de sus amigos, es inútil: Orowitz llamó por teléfono a uno de ellos, el que ustedes designaron para el contacto con ese aventurero, y yo puedo localizarlo como le he localizado a usted y como localicé a «Padrone»... Sólo tengo que ir marcando números, y sé que encontraré el que daba órdenes a Stefan Orowitz. Y sé que le harán confesarlo todo. Así pues... ¿por qué no reacciona usted de modo... sensato? Guarde esa pistola, llame al

S. I. D.,

y dígale a quien le atienda que tiene usted una confesión que hacer y unos cuantos nombres que facilitar. ¿De acuerdo, señor Trementi?

—¡No! —gritó Leonardo Trementi, lívido de furia.

Y, mientras gritaba, se orientó completamente hacia Marie Bovet, y comenzó a apuntarla con su pistola. Lo cual, era precisamente lo que Marie había pretendido al ponerte las cosas tan definitivamente mal; de este modo, cuando Leonardo Trementi comenzó a apuntar a Marie Bovet, Melvin Ramsey pudo sacar rápidamente su pistola, y, cuando Leonardo Trementi aún no había puesto a Marie en su línea de tiro, él disparaba ya.

La bala se hundió en la frente de Leonardo Trementi, que cayó cómo un muñeco alzado por un vendaval, derribando una mesita y un sillón.

Enseguida, la pistola de Melvin Ramsey apuntó hacia el anciano. Pero no, no hacía falta. Ettore Trementi estaba ya demasiado viejo, y su juego, aunque retorcido y sucio, no había contenido maldad hacia su patria; sólo amor hacia su hijo.

—Creo que será mejor que nos vayamos —musitó Marie Bovet—. Estoy seguro de que el señor Trementi, cuando se recupere del dolor de la muerte de su hijo, comprenderá que no podías hacer otra cosa... y que debe informar el

S. I. D.

de los nombres de los traidores. A fin de cuentas, a su hijo ya no puede suceder le... nada malo Adiós... «Padrone».

Pero el viejo «Padrone» no contestó. Durante mucho rato todavía, solamente podría hacer una cosa; mirar el cadáver de quien había querido proteger... a costa de otras vidas.

Todo había terminado.

ESTE ES EL FINAL

Marie Bovet terminó de ponerlo todo en orden en el remolque, y se dispuso a salir de éste para maniobrar con el coche a fin de engancharlo y abandonar el estacionamiento. Todo había quedado aclarado, y ella no tenía ya nada que hacer en Roma.

Es decir... Bueno, había sido hermoso y agradable mientras duró, pero, evidentemente, Paolo Zanatta, el atractivo agente del S. I. D.

italiano no pensaba llevar las cosas más allá de donde habían llegado por sí mismas, de modo que... se iba. Eso era todo.

Fue entonces, justo cuando se disponía a salir del remolque, cuando sonó la llamada a la puerta de éste. Pese a que se decía a sí misma que era una ilusa, Marie corrió hacia la puerta, la abrió... y su corazón dio un tremendo vuelco.

—Hola —sonrió Melvin Ramsey—. ¿Admites visitas?

—Bueno, yo... Me iba ya. Iba a salir dentro de unos minutos para Francia...

Melvin Ramsey asintió, ceñudo. Luego, abatió la escalerilla, subió al remolque, recogió la escalerilla, y cerró la puerta. Miró a todos lados. Todo estaba en orden, ciertamente.

—De modo que te vas —murmuró.

—Sí... Eso he dicho. Claro que... que dispongo de tiempo para escucharte... Quiero decir que supongo que has venido a decirme algo, ¿no?

—Sí, naturalmente. He venido a darte las gracias personalmente. Ya el

S. D. E. C. E.

y el

S. I. D.

se han entendido, y han quedado tan amigos. Pero no quería darte las gracias en lo personal. Ha sido agradable e interesante trabajar

contigo. De veras: agradezco tu colaboración.

—No tiene importancia —murmuró Marie—. Ya conoces el dicho: hoy por ti, mañana por mí...

—Ya. Bueno, yo había pedido unas vacaciones, pero me parece que ha sido una tontería.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Marie.

—Se me ocurrió que lo nuestro podía alargarse... en lo personal, así que pedí las vacaciones, y me dije que podía irme unos cuantos días contigo a Francia... a la Costa Azul. Tengo la impresión de que se ha de pasar divertido en este remolque: hoy aquí, mañana allí. Y más, teniendo en cuenta una grata compañía.

—¿La mía? —susurró Marie.

Paulo Zanatta frunció el ceño.

—¿Acaso tengo yo cara de buscar compañías como la del pobre Otto? —Gruñó.

—No... —sonrió luminosamente Marie—. ¡No, cielos, no! ¡Y yo lo sé perfectamente!

—Me pareció que te gustaría insistir... en utilizar el piloto automático.

—Pero... los coches no tienen piloto automático, Paulo.

—En ese caso, si pudieses conseguir tú también unas vacaciones, podríamos reanudar ahora y aquí nuestras... relaciones. Mañana nos vamos a la Costa Azul, y allí seguimos el juego. Un día en Francia, un día en Italia... Ya sabes: hoy por ti, mañana por mí.

—Estoy segura... de que puedo... conseguir unas vacaciones.

—Espléndido —murmuró Paulo Zanatta.

Se acercó más a Marie Bovet, y comenzó a desabrocharle la blusa. Ella permaneció inmóvil. Incluso cuando a Paulo parecieron estorbarle muchas más prendas que la simple blusa, y todas fueron cayendo al suelo. Luego, Paulo bajó la litera inferior, y se sentó en ella.

Marie Bovet no precisó indicación alguna. Se sentó en las rodillas del espía italiano, rodeó su cuello con los finos bracitos, y buscó con sus tiernos labios la dura boca de su colega. Suspiró cuando, ya en contacto sus labios, notó las manos de Zanatta en sus caderas... La cabeza comenzó a darle vueltas, y, como en un relámpago, flotó en su mente la imagen de cuando había sido ella la que había provocado al espía italiano para ir a la cama.

Esta vez había sido al revés.

Pero, mientras Marie Bovet comenzaba a sentirse como envuelta en una nube de color rosa, se dijo que era lógico que él hubiese tomado la iniciativa esta vez.

Ya se sabe: hoy por ti, mañana por mí...

FIN

¡Una fabulosa selección de
los mejores relatos del viejo
y salvaje Oeste!

BISONTE
Serie Roja

ASEGURE
SU
EJEMPLAR

BISONTE
Serie Azul

BUFALO
Serie Roja

BUFALO
Serie Azul

*las populares colecciones en
cada uno de cuyos volúmenes, los
más famosos autores del género
le ofrecen lo mejor de su larga
carrera de éxitos.*

CALIFORNIA

COLORADO

SALVAJE TEXAS

KANSAS

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 30 PTAS.

NOTAS

[1] Servizio de Informacione e Difenza; es el servicio secreto italiano dedicado a proteger el país de invasores, espías, traidores, sabotadores, terroristas políticos, etc. < <